

862.57-17

actos *Libreria Republicana*

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



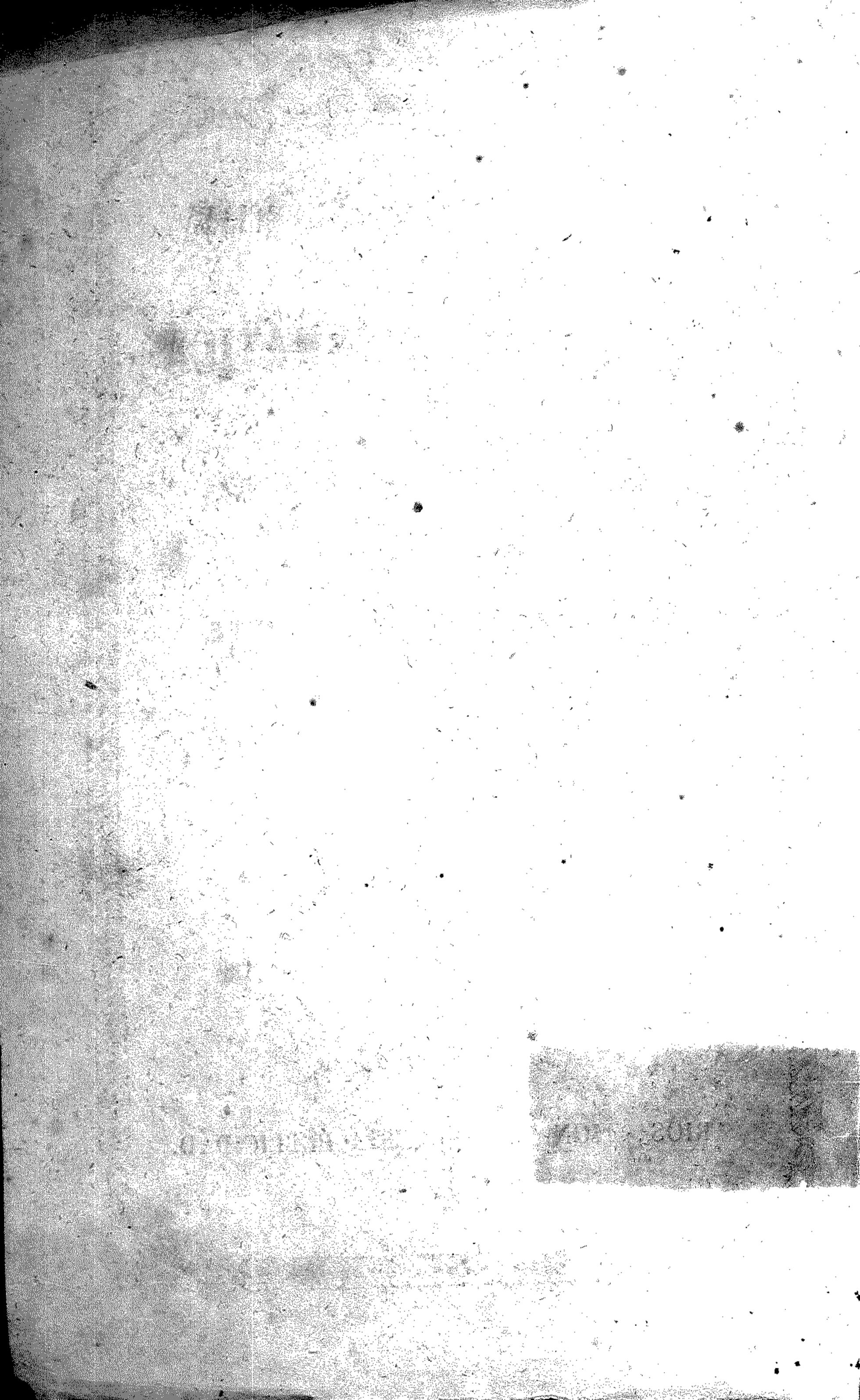
MADRID:

RIOS, MONIER.



CUESTA, PUBLICIDAD.

862.59
27



PROPIEDAD.

El *Círculo Literario Comercial* ha adquirido la propiedad de esta obra por escritura pública de 21 de Enero de 1850, y como su esclusivo propietario perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó sociedad formada por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á las órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y 5 de Mayo de 1847.

Se considerarán como reimpresos furtivamente los ejemplares que no llevasen la contraseña reservada del *Círculo Literario Comercial*.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849.*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer orden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art. 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art. 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.^a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

1.² Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni exceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*

862.57
M

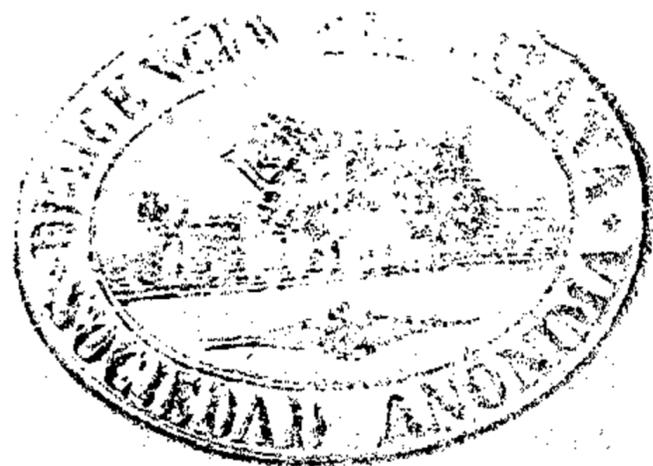
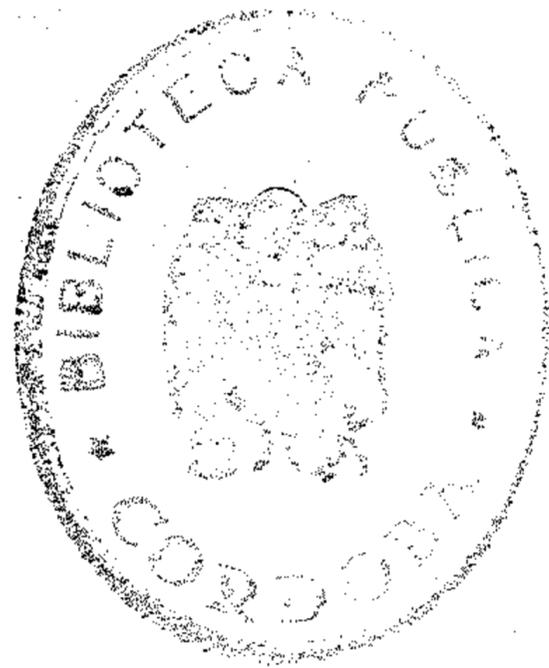
XIX
4589

NOBLEZA REPUBLICANA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

Don Francisco de Paula Montemayor.



MADRID:

IMPRESA DE J. Gonzalez y A. Vicente, C.º DE LA FLOR BAJA, N. 24.

1848.

Paga: 7.538

PERSONAJES.

ELENA.

EL CIUDADANO CAMILO.

EL CIUDADANO LINDET.

EL CIUDADANO TIBERIO.

RICARDO

ANTONIO.

EL CIUDADANO TEMÍSTOCLES.

EL CIUDADANO TRASÍBULO.

EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.

EL FISCAL FOUQUIER DE THINVILLE.

EL ALCAIDE DE LA CONSERGERÍA.

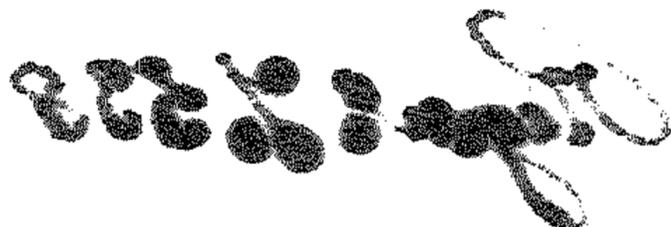
UN COMISARIO.

Gendarmes, seccionistas, pueblo, etc.

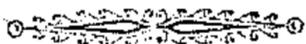
La escena pasa en París en la época de la revolucion francesa.

Este drama es propiedad de la Sociedad **Espartana**, la cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven el sello de la Sociedad.



ACTO PRIMERO.



Cuerpo de guardia en la casa de la municipalidad : puerta al fondo que da á la calle, y en la cual hay un centinela. Los guardias nacionales estan, unos sentados á distintas mesas jugando, y otros hablando. Al levantarse el telon, se oye un reló que da las diez de la noche.

ESCENA I.

TEMÍSTOCLES, TRASÍBULO, GUARDIAS NACIONALES.

TEMÍSTOCLES. (*Despues de la última campanada*). Las diez. Todavía nos quedan trece horas de guardia.

TRASÍBULO. Muy pesado se me hace hoy el servicio.

TEMÍSTOCLES. ¿Por qué?

TRASÍBULO. Porque quisiera haber asistido á la tribuna de la Convencion; la sesion debe ser ruidosa.

TEMÍSTOCLES. Tiempo te queda; no faltará ruido; ahora principiamos.

TRASÍBULO. Pues ¿qué tenemos?

TEMÍSTOCLES. Los aristócratas se han propuesto no dejarnos en paz, y nosotros nos hemos propuesto que no nos cojan desprevenidos. Veremos quién vence.

TRASÍBULO. Es gente terca y porfiada.

TEMÍSTOCLES. Porque queremos que lo sea. Si todos se guiaran por mis consejos, yo les aseguro que tendríamos mas tranquilidad.

TRASÍBULO. ¿Y qué harías, ciudadano?

TEMÍSTOCLES. ¿Qué haría? No dejar un aristócrata con vida: no basta que se les quite los bienes, no basta que se les vigile; es necesario esterminarlos, acabar con todos de una vez.

TRASÍBULO. Eso no es posible.

TEMÍSTOCLES. ¿Qué es eso, ciudadano? ¿Eres tú también de los que tienen compasión? Pues acuérdate que cuando ellos habitaban magníficos palacios, te acercabas á pedir una limosna y no te la daban; acuérdate de que nos despreciaban; nos miraban como á esclavos, mientras ellos derrochaban los bienes de sus antepasados y se reían de la miseria pública. Entonces les tocaba á ellos; ahora nos toca á nosotros: quiere decir que estaremos iguales.

TRASÍBULO. La verdad, ciudadano, yo no veo esa igualdad: ellos gastaron y derrocharon un día; pero no por eso hacemos nosotros lo mismo ahora.

TEMÍSTOCLES. ¿Y quieres tú compararte con esa gente? ¿Quieres por ventura incurrir en los mismos vicios que esos perros?

TRASÍBULO. No, ciudadano, no quiero seguir sus vicios; pero tengo familia, y quiero que mis hijos tengan más comodidades que las que hoy les puedo dar.

TEMÍSTOCLES. Eso es muy natural; pero aun no se puede todo lo que se quiere: poco á poco iremos gozando de más libertad. La Convención ha fijado ya el máximo á que ha de venderse el pan: ha hecho venir harinas del extranjero, y pronto nadaremos en la abundancia: yo conozco que no tenemos muchas comodidades; pero podemos presentarnos públicamente con la cabeza erguida, como individuos de la sección Marat, tenemos derecho para denunciar al tribunal á cualquier aristócrata que maquine contra la república, y á los que no son aristócratas también. Hay republicanos á quienes debemos vigilar, porque según se dice, están vendidos á las guineas de Pitt.

TRASÍBULO. Dime, ciudadano, ¿quién es ese Pitt?

TEMÍSTOCLES. Un inglés muy bribon, que está empeñado en que no seamos felices, que no tiene valor para enviar un ejército contra nosotros, y quiere dividirnos comprando á algunos patriotas.

TRASÍBULO. ¿Y se han vendido algunos?

TEMÍSTOCLES. ¡Que si se han vendido! Ahí tienes á esos perros Girondinos, á quienes tendremos que guillotinar tarde ó temprano, como dice Henriot. Los Girondinos han trabajado con nosotros, juntos triunfamos de los aristócratas, y juntos atacamos el palacio real y llevamos á la familia Capeto á la torre del Temple; pero después han retrocedido. Se dice que conspiran con los realistas de la Vendée y que los emigrados se adelantan hácia Paris con la esperanza de encon-

trar en ellos un apoyo; pero no será si á mí me dejan, porque en una sola noche caerian todas sus cabezas. ¡Hola! Aquí tenemos la ronda.

ESCENA II.

Dichos, y LINDET, con un grupo de guardias nacionales.

LINDET. ¡Hola, hola! ¡Todavía jugando!

¡Todos duermen en paz, todos tranquilos
en dulce calma al parecer reposan!

TEMÍSTOCLES. Ya está aquí el poeta. Ciudadano sargento, ¿no hemos tenido ningun tropiezo?

LINDET. Ninguno.

TEMÍSTOCLES. Tú ves siempre las cosas azules. Se conoce que eres poeta.

LINDET. ¿Y qué quieres, ciudadano? Vivo en ese mundo de ilusiones: así estoy un poco más distraído.

TEMÍSTOCLES. Eso sí; y eres afortunado en amores: las ciudadanas gustan mucho de los versos; y sé yo que más de una aristócrata ha suspirado por tí.

LINDET. No sabía yo tanto: mis amores son siempre muy modestos.

TEMÍSTOCLES. Vamos, ciudadano sargento, ya las conocemos á todas; una de ellas.....

LINDET. Ya sé que vas á nombrarla. Cleopatra, la infiel Cleopatra, el ángel de mi guarda: verdad es, que lejos de guardar, me consume cuanto tengo. Toda la herencia de mis padres ha caído en sus manos: ya podeis figuraros.....

TEMÍSTOCLES. ¡Hola! Aristócrata, ¿con que eres rico?

LINDET. ¿Y qué tiene que ver eso para que yo sea un buen republicano?

TEMÍSTOCLES. Los verdaderos republicanos deben ser pobres y descamisados.

LINDET. ¿Y el republicano que tenga camisa ha de ir sin ella?

TEMÍSTOCLES. No; pero es mejor republicano el que no tiene nada.

LINDET. Ciudadano Temístocles, según tu opinión, el republicano debe ser pobre y sucio y lleno de harapos: pues dispénsame que no estemos acordes. A pesar de mis ideas

republicanas, me gusta vestir bien, me gusta estar decente, me agradan los goces de este mundo.

Que es hermoso vivir entre placeres
y nadar, como un pato, entre mugeres.

TODOS. ¡Bien, bien!

TEMÍSTOCLES. Hoy estás de vena, ciudadano sargento.

LINDET. Tengo mis dias: hay algunos en que no puedo hacer un solo verso; pero otros brotan á centenares.

TEMÍSTOCLES. ¿Y hace mucho tiempo que tienes esa manía?

LINDET. Permíteme que te diga que eres algo animal: esto no es manía, es inspiracion. Podrán ser buenos ó malos mis versos, en eso no me meto..... pero ¿quién diablos va á entrar contigo en esplicaciones?

TRASÍBULO. El ciudadano sargento era ya poeta cuando el primer ataque de las Tullerías. Me acuerdo que nos arengó, y por cierto que á todos entusiasmaba. ¿Te acuerdas, ciudadano, cuando entramos en la cámara de Luis Capeto y le hicimos poner el gorro republicano?

LINDET. Demasiado: me acuerdo tambien del himno que compuse aquel dia y cantamos por la noche en una brillante orgía.

Aqui mis valientes, quebrad la corona
que sirve de yugo al pueblo francés.

TODOS. ¡Bien, bien!

TEMÍSTOCLES. A propósito de corona: ¿qué se hace la pobre ex-reina María Antonieta?

LINDET. ¿Qué quieres que haga? Encerrada esperando su sentencia.

TEMÍSTOCLES. Dicen que quieren salvarla.

TRASÍBULO Asi dicen; y se asegura que ella cuenta con los Girondinos.

LINDET. Mucho lo dificulto, y haria muy mal de meterse en eso. Es preciso dejar obrar á las leyes.

TEMÍSTOCLES. Es preciso guillotinarla.

LINDET. Ciudadano Temístocles, suspendamos nuestro juicio: si es inocente, no debe morir.

TEMÍSTOCLES. Tú eres mas blando de lo preciso.

LINDET. Yo soy mas justo que tú, y quiero justicia para todos; en primer lugar para las mugeres: soy protector decidido de todas ellas.

TEMÍSTOCLES. Ya ves qué pago te da esa Cleopatra.

LINDET. ¿Y porque haya una mas vivaracha y condescen-

diente de lo regular, han de ser todas iguales? No estoy conforme, ciudadano: la muger, hablando en general, es el don mas divino del cielo, es la suprema felicidad.

La muger es nuestra gloria.
 ¿Quién puede vivir sin ella?
 No es prenda tan ilusoria,
 si á veces por una bella
 conseguimos la victoria.

TODOS. ¡Bien, bien!

ESCENA III.

Dichos y CAMILO.

CAMILO. ¿Qué es esto, ciudadanos? ¿Qué desórden es este?

LINDET. No es nada, Camilo: soy yo, que he hecho una de mis mejores improvisaciones.

CAMILO. Siempre locuras: arriba en el salon de la municipalidad se estan oyendo estas voces y se me ha reconvenido. ¿Y tú has hecho la ronda? (*A Lindet.*)

LINDET. He recorrido las calles próximas y todo está tranquilo. No sucede asi, segun dicen, por la Convencion: se ha declarado en sesion permanente y estan deliberando. (*Todos se agrupan para oír.*)

CAMILO. Es cierto.

LINDET. ¿Pues qué hay?

CAMILO. La municipalidad quiere hacer esta noche algunas prisiones de emigrados, que han entrado furtivamente en Paris.

TEMÍSTOCLES. Bien lo decia yo: no hay mas remedio que la guillotina, esa es nuestra salvacion.

CAMILO. Se van á hacer alistamientos voluntarios para aumentar el ejército republicano en la frontera: mañana cuando salgamos de guardia reuniremos nuestra seccion.

LINDET. Es preciso que tú como presidente de ella adoptes alguna medida.....

TEMÍSTOCLES. Ciudadano presidente, prometo desobedecerte si no acordamos perseguir á muerte á todos los ex-nobles.

UNOS. ¡Y yo, y yo!

CAMILO. No se vence á los aristócratas asesinando unos pocos, no; eso sirve solamente para irritarlos, y hacer nuestra causa mas odiosa.

OTROS. Tiene razon: ¡sí, sí!

VOCES. (*Dentro.*) ¡Socorro, socorro! (*Se oye un tiro. Salen los guardias nacionales á la calle: algunos toman las armas.*)

CENTINELA. ¡A las armas!

CAMILO. ¿Qué es eso? Vé tú, Lindet.

ESCENA IV.

Dichos, TIBERIO y pueblo armado: ELENA en medio.

ELENA. ¡Por Dios, caballero, protegedme! (*Echándose á los pies de Camilo.*)

CAMILO. Levántate, ciudadana: ¿quién eres?

ELENA. Una pobre muger á quien han querido atropellar.

TIBERIO. Esta es una muger que corria sola por las calles y á quien hemos detenido como sospechosa.

CAMILO. ¿Y qué hacias tú por esas calles? (*A Tiberio.*)

TIBERIO. Soy presidente de la seccion Marat, y salia á reunir á los amigos para reanimar el espíritu público, para hacer que se aumenten las listas de voluntarios que han de engrosar el ejército republicano.

CAMILO. ¿Y qué ha hecho esta muger?

TIBERIO. No ha hecho nada; pero puede hacer si eres aristócrata.

ELENA. No, caballero, yo no hago (*A Camilo.*) mal á nadie.

TIBERIO. ¿Qué tal? ¡Caballero! Las señas no marran: aristócrata, y muy aristócrata. Ciudadana, ya no hay caballeros, todos somos iguales.

CAMILO. ¿Y á quién has hecho fuego?

TIBERIO. Como corria, uno de los muchachos ha disparado su carabina, creyendo que fuera algun otro pájaro.

ELENA. Ya lo veis, he estado espuesta á morir y sin motivo.

CAMILO. Esta ciudadana no ha hecho mal á nadie.

TIBERIO. No importa: quiero presentarla á la municipalidad y que ella lo averigüe.

ELENA. ¡No, no!

TIBERIO. Mira, mira qué poco le gusta. Vamos pronto, arriba á la municipalidad. Y tú, ciudadano oficial, no te dejes engañar por estas sirenas.

CAMILO. Yo creo que nada puede temerse de una pobre muger.

TIBERIO. Una muger era la ciudadana Lamballe, y sin embargo tuve yo que pasear su cabeza en una pica.

LINDET. Es verdad, Camilo: puede ser sospechosa; pero es tan hermosa, ciudadanos, que bien merece alguna consideración.

Hay ojos tan hechiceros,
que con mirar me asesinan.

TIBERIO. Ciudadano poeta, déjate ahora de versos y vamos á lo que interesa: yo como buen ciudadano he detenido á esta muger y quiero presentarla á la municipalidad, quiero que sepan que el presidente de la seccion Marat no duerme.

ELENA. ¡Dios mio!

CAMILO. Ciudadano Tiberio, esta muger quedará en el cuerpo de guardia y será entregada á la municipalidad.

TIBERIO. Yo he sido el que la ha preso, y á mí me toca presentarla.

CAMILO. Yo soy el gefe de esta guardia, y nadie debe imponerme condiciones.

TIBERIO. Yo no desisto: venga la prisionera. (*Yendo hácia ella.*)

CAMILO. Retírate inmediatamente.

TIBERIO. Tú eres un traidor. (*Deteniéndole y presentándole al pecho la punta de su espada.*)

CAMILO. ¡Miserable! Al primer movimiento eres muerto.

LINDET. Basta, ciudadanos. Esta ciudadana será entregada á la municipalidad. Confiad en el ciudadano Camilo, tan republicano como vosotros.

TIBERIO. En ese caso desisto..... (¡Amenazarme delante de los individuos de mi seccion!)

ESCENA V.

Los dichos, UN GENDARME.

GENDARME. Ciudadano oficial, el presidente de la Convencion nacional reclama el auxilio de la primera fuerza que encuentre. El pueblo de los arrabales quiere invadir el salon de sesiones.

CAMILO. Pronto, Lindet, acompaña á ese gendarme. (*Lindet reúne algunos guardias y sale con ellos y el gendarme.*)

TIBERIO. Compañeros, (*A los suyos.*) dicen que el pueblo de los arrabales quiere invadir el salon de sesiones para hacer alguna peticion, vamos á ayudar á nuestros camaradas: ¡á

la Convencion! (*Salen todos en tropel. Los guardias nacionales que quedan los siguen, quedándose en la puerta.*)
 TODOS. ¡A la Convencion!

ESCENA VI.

ELENA y CAMILO.

CAMILO. Ya estamos solos, señora: no estrañeis que deje de trataros con la franqueza del republicano, porque temo que seais poco afecta á la república, y no quisiera causaros el menor disgusto; pero ya que en esto soy galante con vos, procurad serlo vos tambien diciéndome quién sois.

ELENA. ¡Imposible!

CAMILO. ¿Imposible decís?

ELENA. Os lo repito.

CAMILO. Estais decidida á ocultarme vuestro nombre; y á pesar de todo, si os hubieran interrogado en la municipalidad, tendriais que declarar.....

ELENA. Tambien me hubiera negado.

CAMILO. Pero ¿qué interés?.....

ELENA. Tengo que cumplir con un deber sagrado, y mi declaracion hubiera comprometido.....

CAMILO. ¿A un hombre á quien amais tal vez?

ELENA. Tampoco puedo responder.

CAMILO. Veo, señora, que es imposible aclarar este misterio y que estais decidida á atormentarme.

ELENA. ¿En atormentaros, por qué?

CAMILO. Porque cada palabra vuestra es un veneno que derramais en mi corazon. Vuestro llanto cuando reclamasteis mi auxilio..... vuestra agitacion, todo me indica que sois muy desgraciada; y sobre todo esa persona, ese hombre tal vez á quien amais.

ELENA. ¿Os he dicho yo que sea un hombre?

CAMILO. No, no me lo habeis dicho; pero yo me aventuro á creerlo.

ELENA. Pues bien, amigo mio. ¿Y si fuese un hombre desgraciado que necesitara de mi auxilio, como yo he necesitado ahora del vuestro?

CAMILO. En ese caso no me digais mas, conozco que mis preguntas son inoportunas y que nada conseguiré con molestaros. Veo, señora, que os reireis al ver un patriota prestar

su apoyo á un enemigo de la república, ser traidor á su causa.

ELENA. No, no me digais eso; me habeis salvado del mayor peligro; sois muy generoso, y os estaré agradecida mientras viva.

CAMILO. ¿Qué importa vuestro agradecimiento, si ni aun siquiera sé vuestro nombre?

ELENA. Os he dicho ya que es imposible.

CAMILO. Señora, no me atormentéis; no os burleis de mi curiosidad. Puesto que no quereis decirme vuestro nombre, prometedme al menos que algun dia me lo direis. ¿Volveré á veros?

ELENA. ¡Jamás!

CAMILO. ¡Oh! Me haceis desesperar. Yo necesito veros otra vez; necesito contemplar esos hermosos ojos: no me priveis, señora, de esta felicidad. Mirad que es el único premio que exijo por el favor que os he dispensado.

ELENA. No, amigo mio, no puedo concedéroslo.

CAMILO. Dudais de mis sentimientos: ¿me creéis capaz de faltar á vuestro secreto?

ELENA. Ese secreto no me pertenece; no tengo autorizacion para revelároslo.

CAMILO. Bien, señora: haced lo que querais. Si necesitais de mi auxilio, permaneceré á vuestro lado.

ELENA. Os doy gracias por vuestro auxilio.

CAMILO. Dispensadme, señora, si he sido importuno, porque he tratado de averiguar vuestro secreto.

ELENA. ¡Oh! Estais perdonado. Adios, amigo mio.

CAMILO. ¿No correis ahora ningun peligro?

ELENA. Ninguno.

CAMILO. Entonces, señora, podeis retiraros. ¿Nada mas deseais de mí? Os habeis quedado inmóvil.

ELENA. No quisiera separarme de vos, sin haberos dado antes una prueba de mi amistad.

CAMILO. Hablad, señora.

ELENA. Camilo, dadme vuestra mano.

CAMILO. Tomadla, ¡oh qué felicidad! (*Le besa la suya.*)

ELENA. Pero juradme que no me seguireis, que no vereis la direccion que tomo.

CAMILO. Bien, lo juro.

ELENA. Adios, mi generoso protector, mi amigo.

CAMILO. Adios, señora: sois muy cruel; pero consagradme al menos algun recuerdo en vuestro corazon.

ELENA. Os lo prometo..... ¿y vuestro juramento?

CAMILO. Lo cumpliré. Vamos. (*La deja en la puerta.*)

ESCENA VII.

CAMILO.

¡Ya estoy solo! ¡Ha desaparecido! ¡Dios mio! ¿Es esto un sueño? ¿Quién es esta muger misteriosa que tan profundamente ha herido mi corazón? ¿Cuál será su secreto? ¿Por qué duda de mí á pesar de haberla salvado? ¿Pero dónde se habrá dirigido á estas horas? ¿De dónde vendria? Existe una persona por quien ella se interesa. Es un hombre, sí, un hombre mas feliz que yo, puesto que esa muger le pertenece. ¿Y he de permanecer asi? No; es preciso que yo sepa quién es, porque necesito verla, y si hay un hombre que intente disputármela.....

ESCENA VIII.

CAMILO, LINDET *con los GUARDIAS NACIONALES que le acompañaron, que quedan formados á la puerta.*

LINET. Amigo Camilo, vengo á contarte grandes cosas. (*Salte corriendo.*)

CAMILO. Déjame, Lindet, déjame; estoy desesperado.

LINET. ¡Desesperado! ¿Pero por qué es eso? Tranquilízate, y dime lo que te pasa..... pero pronto, pronto, porque ya te he dicho que tengo que contarte grandes cosas.

CAMILO. Aquella muger tan hermosa, tan encantadora.....

LINET. Vamos, ¿qué? Expícate.

CAMILO. Se ha burlado de mí. Me ha dejado solo.....

LINET, ¡Toma, toma!

Amigo, bien puede ser,
nada hay en ello que asombre;
mientras mas tierno es el hombre
mas ingrata es la muger.

A eso estás espuesto: ¡si tú supieras lo que á mí me pasa con Cleopatra!.... Estoy muy descuidado de guardia, y la infiel pasa las horas enteras con otro.

CAMILO. Déjame de Cleopatra ahora. Lo que á mí me intere-

sa es esa muger desconocida, que ha estrechado mi mano, que me ha hecho feliz un momento para emponzoñar mi existencia.

LINDET. ¿Te ha estrechado la mano? Bien, amigo mio; bien. Eso no va mal; pero mira, no confies mucho: tambien Cleopatra me estrecha la mano al despedirnos, y sin embargo.....

CAMILO. Yo necesito verla, necesito buscarla; tú me ayudarás, amigo mio, tú me ayudarás.

LINDET. Pero ¿dónde vive?

CAMILO. Lo ignoro.

LINDET. ¿Y cómo quieres que vayamos á buscar en Paris una muger, y una muger, que segun parece, trata de ocultarse? Vaya, vaya, amigo mio; déjate de esos sueños, y mira no hayas protegido sin saberlo á alguna aristócrata, mira no seas sin querer traidor á tu patria. (*Se oye un cañonazo y voces á lo lejos.*)

CAMILO. ¡Qué! ¿qué es eso?

LINDET. ¿Que ha de ser? Si no me has dejado que te cuente. La Convencion ha estado deliberando. Ahora concluye al sesion. No hemos podido impedir que el pueblo invada el salon. Los emigrados en union con los extranjeros quieren hacer una tentativa sobre Paris. El ciudadano Danton se ha levantado, y en medio del mayor entusiasmo ha dicho estas palabras. «Es preciso dar un decreto, que obligue á todo ciudadano bajo pena de muerte á tomar las armas. El cañon que vais á oir no es el cañon de alarma, es el paso de ataque contra los enemigos de la patria. ¿Qué se necesita para aterrarlos? ¡Audacia, audacia y siempre audacia!» La patria ha sido declarada en peligro, (*Se ven atravesar por el fondo gente del pueblo.*) y se ha dispuesto que se organice un gran ejército para marchar á la frontera. De tres en tres minutos se disparará un cañonazo, y encima de la casa de la municipalidad ondeará el pabellon negro en señal de alarma. (*Voces y cajas que se aproximan.*)

CAMILO. ¿Qué gritería es esa?

LINDET. La gente de los arrabales que se reune, y que entusiasmada con las palabras de Danton, quiere tomar las armas. Míralos, ya llegan.

ESCENA IX.

TIBERIO á la cabeza de un grupo de gente del pueblo. Uno toca una caja. Los demas llevan hachones y picas : al llegar delante del cuerpo de guardia hacen alto.

TIBERIO. ¡Alto ahí, mis queridos descamisados! Ya habeis oido el decreto de la Convencion. Es preciso que cada uno acuda á su seccion y se aliste para tomar las armas.

LINDET. Bien, ciudadano Tiberio, asi me gusta: eres todo un patriota; sabes arengar á las mil maravillas.

TIBERIO. ¡Hola, ciudadano poeta, no te habia visto: ¿se entregó á la municipalidad aquella ciudadana?

LINDET. Sí, ya está encerrada; pero no hay cuidado: era una pobre muger.

TIBERIO. Ya veo á tu amigo. Francamente, no le puedo atravesar; me parece un mal patriota, y no le perdono el que me amenazase, á mí, presidente de la seccion Marat.

LINDET. Déjate de niñerías y cuida de tu gente.

TIBERIO. Adios, ciudadano poeta.

LINDET. Adios, ciudadano Tiberio. Vamos, Camilo, es preciso que nos preparemos por si los aristócratas intentasen algun golpe de mano contra la municipalidad.

CAMILO. ¿Y ella, amigo mio? ¿Y esa muger?

LINDET. Déjate ahora de ella, y no olvides aquellos versos....

Entre el amor y el deber,
el deber es lo primero.

Compañeros, á las armas. (*A los guardias.*) ¡Firmes! Vamos á colocar algunos puestos avanzados para evitar una sorpresa. Colócalos tú mientras yo quedo aqui con la gente sobre las armas. A ver, ciudadano cabo, uno, dos, tres y cuatro.....

CAMILO. Sí, querido Lindet, cumpliré con mi deber: nunca faltaré á lo que debo á la república; pero amo á esa muger, y no podré olvidarla jamás. Vamos. (*Vase con el cabo y guardias.*)

ESCENA X.

Dichos, menos CAMILO y GUARDIAS NACIONALES. TIBERIO en medio del grupo: se oye un cañonazo.

TIBERIO. Ya lo oís, amigos míos, el cañon nos anuncia que debemos acudir á las armas. Mirad esa bandera: esa bandera negra, indica que la Francia se viste anticipadamente de luto porque muchos de sus hijos van á morir en el campo de batalla. Pero no importa, inscribid vuestros nombres en la lista de los voluntarios, y salvemos la república.

TODOS. ¡Sí, sí!

TIBERIO. El ciudadano Danton lo ha dicho: «La patria está en peligro. ¡A las armas!»

TODOS. ¡A las armas!

(Salen todos tocando las cajas y capitaneados por Tiberio; cae el telon, oyéndose al mismo tiempo el estruendo del cañon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

... ..

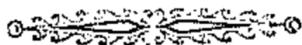
... ..

... ..

... ..

... ..

ACTO SEGUNDO.



(Casa modesta en uno de los arrabales de Paris ; puerta á la derecha que sirve de entrada general; otra á la izquierda que conduce al interior de la casa : otra segunda en el mismo lado, que conduce á una segunda salida de la casa, próxima á las Barreras.

ESCENA I.

ELENA , TOMY.

ELENA. Dime, Tomy, todo cuanto hayas averiguado.

TOMY. Son muy pocos los nobles que quedan en las prisiones, porque todos los dias ocupan un lugar privilegiado en la carreta fatal que los conduce á la guillotina.

ELENA. ¡Todos los dias sangre!!

TOMY. Dicen que el tribunal revolucionario ha dispuesto que no quede un noble en Francia. Han vuelto de nuevo las pesquisas, y serán declarados traidores los que oculten en sus casas algun aristócrata, como ellos dicen.

ELENA. ¿Con que tu vida peligra, mi buen Tomy? ¿Con que tú tambien debes temer las iras de ese terrible tribunal que no perdona?

TOMY. Tambien yo, señora; pero no temais por mí: cuidad de vos y de mi amo, y lo demas nada importa.

ELENA. ¡Nada importa! ¿Y crees que tu amo no sufriria eternamente si te sucediera alguna desgracia por nuestra causa?

TOMY. Haria muy mal, señora : yo he sido siempre su mas fiel criado, y estoy en la obligacion de hacer por él cuanto pueda; pero no tengais cuidado: aunque han vuelto las pesquisas, el tribunal revolucionario se ocupa hoy dia de guillotinar á los que han sido hasta ahora sus mas ardientes defensores.

ELENA. Y dime, Tomy: ¿has olvidado mi encargo?

TOMY. Me mandasteis que averiguara si vivía el presidente de la seccion de los hijos de la patria: por cierto que estuve á punto de aparecer como sospechoso cuando quise saberlo.

ELENA. ¡Cómo!

TOMY. Sí señora: me presenté en la seccion á tiempo que estaban todos reunidos. Pregunté á uno de los concurrentes si vivía todavía el presidente de la seccion, el ciudadano Camilo, y algunos que oyeron mi pregunta se incomodaron.—¿Por qué preguntas si vive? me dijeron.—¿Es que acaso deseas que muera? No, señores, les respondí; pero cuando mueren diariamente en la guillotina cuarenta ó cincuenta personas ¿qué extraño es que fuera de los escogidos?—Tiene razon, dijeron algunos al oír mis esplicaciones. El ciudadano Camilo no ha muerto, es un buen patriota; ese sí que no es traidor á la república: míralo, allí está sentado junto á la mesa. Efectivamente, miré hácia donde me indicaron, y le ví.

ELENA. ¿Le viste?

TOMY. Sí, le ví; un jóven de veinte y nueve á treinta años, con los cabellos muy largos, pálido, muy buena figura, y bastante triste por cierto.

ELENA. ¿Estaba triste?

TOMY. Asi me pareció al menos.

ELENA. Gracias, Tomy, gracias, por haber cumplido fielmente mi encargo. Puedes retirarte: déjame sola. (*Vase Tomy.*)

ESCENA II.

ELENA.

¡Vive, Dios mio, vive mi protector! Yo te doy gracias. Sin embargo, dice Tomy que está triste: ¡si fuera yo el origen de su tristeza! Si ese hombre tan noble, tan generoso padeciera por mi causa..... ¡Oh, no es posible: esta es una ilusion de mi fantasía, un exceso de amor propio, que en nada debo fundarlo! Verdad es que la noche en que me salvó la vida, estrechó con entusiasmo mi mano, deseaba que le dijera mi nombre, queria volverme á ver..... mas ¿no podia obrar por curiosidad? ¿No seria esto un ligero destello de una pasion, que se habrá estinguido bien pronto? Dios mio, ¿qué debo hacer?.... A pesar de esta incertidumbre, yo le amo y no le volveré á ver. Siento pasos: es Ricardo..... disimulemos; no quiero que advierta mi conmocion.

ESCENA III.

ELENA , RICARDO.

RICARDO. ¿Estabas aquí, mi querida Elena? ¿Qué tienes? Te encuentro demasiado triste.

ELENA. ¿Tenemos por ventura motivos para estar alegres?

RICARDO. Es cierto: hace un año que hemos perdido toda esperanza de felicidad.

ELENA. Sí, hermano mio, los dos somos muy desgraciados; pero es preciso tener valor; es necesario que salgas de Francia, que huyas de un país en que la muerte está amenazando continuamente tu existencia. Si te descubrieran, morirías sin remedio; y entonces ¿qué consuelo me queda en este mundo?

RICARDO. Es imposible huir. Sería detenido como sospechoso, y caería indudablemente en poder de mis enemigos. Pero no pensemos en lo que es tan imposible. Tiempos vendrán mas felices en que tengan fin todas nuestras desdichas. Dime ahora la causa de tu tristeza. ¿Qué tienes?

ELENA. Nada..... No tengo nada.

RICARDO. Sí, Elena: hace algun tiempo que te encuentro mucho mas pensativa.

ELENA. Hermano mio, te habrás equivocado.

RICARDO. Te he observado con la mayor atención: estás pálida..... he visto que se escapa de tus ojos alguna lágrima. ¿No tengo derecho para saber tus penas?

ELENA. Sí, tienes ese derecho; pero todas las conoces.

RICARDO. ¿Y no pudieras sufrir algunas que yo ignorase? Habla, Elena; (*Esta fija la vista en el suelo y permanece algun tiempo pensativa.*) háblame con la franqueza de una hermana.

ELENA. Pues bien, Ricardo: voy á descubrirete el secreto de mi corazón, puesto que así lo deseas. Ya te acuerdas de aquella horrible noche en que salí á buscar las cartas de nuestros amigos, los emigrados: ya recordarás que fuí detenida por una patrulla, y á no ser por un jóven que se declaró mi protector, me hubieran tratado como sospechosa, sin que tú pudieses tampoco libertarme, porque me hubieran encontrado las cartas que para tí llevaba. Ese jóven generoso que oyó mis súplicas, ese republicano que con tanta

nobleza me salvó á riesgo de su vida, que con tanta desesperacion se separó de mí.....

RICARDO. Basta, Elena, basta. ¿Tú amas á un republicano, á un hombre que ha llevado al cadalso á nuestra protectora?

ELENA. ¡Por Dios, hermano mio!

RICARDO. Es imposible que se llame mi hermana, la que abraza en su pecho una pasion tan criminal.

ELENA. Él no puede ser criminal.

RICARDO. Reflexiona que tendrias que estrechar su mano, y esa mano está salpicada con la sangre de una muger noble y magnánima.

ELENA. No le conoces, Ricardo: si le conocieras, le tratarias seguramente con mas justicia.

RICARDO. ¿Dejará de ser un republicano un enemigo nuestro?

ELENA. Pero un enemigo noble, un enemigo que espuso su vida por salvar la mia.

RICARDO. Bien, Elena: consagra un recuerdo á su generosidad. Si algun dia pudieras devolverle igual favor, deberias hacerlo, pero nunca alimentar una pasion que te deshonoraria.

ELENA. Tranquilízate, Ricardo: aunque ese amor exista, no es posible que halles ocasion para oponerte á él. Ese hombre ignora quién yo soy.

RICARDO. Si es asi, estoy tranquilo. Sí, querida Elena: hubiera sentido que el menor disgusto viniera á turbar nuestro cariño: mis ideas serán exageradas; seré demasiado violento en mis opiniones; pero ¿qué quieres que haga el hombre que ha visto caer las cabezas de tantos amigos? ¿Qué quieres que haga sino aborrecer de muerte la república y sus defensores?

ELENA. Basta, Ricardo, basta: tranquilízate, no hablemos mas de eso.

RICARDO. Sí, hermana mia; pensemos únicamente en los medios de preparar nuestra fuga. Si tuviéramos oro, procuraríamos adquirir un salvoconducto para poder caminar con seguridad hasta la frontera; pero hemos gastado cuanto teníamos, y aguardo con impaciencia el dinero que deben enviarme nuestros amigos.

ELENA. Pronto vendrá, y se verán realizadas nuestras esperanzas. ¡Dios, que nos ha salvado hasta ahora de tantos peligros, velará sin duda por nosotros!

ESCENA IV.

Dichos, TOMY.

TOMY. ¡Señor, señor! Una porcion de gendarmes y seccionistas han llegado á la puerta de la casa, han preguntado por el dueño de ella, y quieren registrarla.

ELENA. ¡Dios mio! ¡Somos perdidos!

TOMY. Se les ha contestado que solo vivia un viejo llamado Tomy, que habia sido criado en tiempo del trono; pero el comisario, que es un hombre alto y desabrido, ha contestado.—Ahora veremos si es verdad.

ELENA. Ocúltate, Ricardo; al momento.

RICARDO. No, no me ocultaré; ya estoy cansado de huir cobardemente, quiero encontrarlos alguna vez frente á frente.

ELENA. ¡Por Dios, Ricardo! ¡Por Dios! ¿Qué conseguirias? Ambos nos perderíamos sin remedio.

TOMY. Señor, no perdais un momento; retiraos. (*Observando en la puerta de la entrada.*)

ELENA. Si quieren registrar la casa, ya sabes ese sitio oculto próximo á la puerta falsa que conduce á las Barreras. Es imposible que alli puedan encontrarte. Tomy, ven: acompaña á tu amo: yo los recibiré.

RICARDO. Vamos. (*Con desesperacion.*)

ESCENA V.

ELENA.

¡Dios mio, no me abandoneis! ¡Salvadnos de este nuevo peligro!

ESCENA VI.

ELENA, CAMILO.

ELENA. ¡Ah! (*Da un grito al verle y retrocede.*)

CAMILO. ¿Es esto un sueño? ¿Eres tú, ciudadana, la muger desconocida que reclamó una noche el auxilio de mi brazo? ¿Eres tú la muger por quien tanto he sufrido?

ELENA. (*¡Dios mio, no me habia engañado!*) Sí, yo soy aque-

lla muger desgraciada á quien la suerte perseguia entonces y ahora persigue tambien. Mis males no han terminado; pero hablad: decidme, ¿qué quereis en mi casa? ¿A quién buscais?

CAMILO. Tengo órden de la junta de salud pública para saber si en esta casa reside alguna persona sospechosa.

ELENA. ¿Y venís solo?

CAMILO. Me acompañan un comisario y algunos gendarmes que esperan mis órdenes.

ELENA. (*Turbada.*) Aquí..... no hay nadie..... yo..... yo sola.

CAMILO. ¿Tú sola, dices, ciudadana? Te has turbado, habla: no me engañes..... ahora no podrás ocultarme quién eres.

ELENA. Te lo repito: yo sola.....

CAMILO. Pues bien: si efectivamente es así, los gendarmes podrán hacer las pesquisas.

ELENA. ¡Oh! ¡No..... no; yo os lo suplico!

CAMILO. ¿Con que alguien se oculta en esta casa? ¿Temes que yo lo descubra? ¡Ah! Demasiado claro lo veo: por eso te negastes á decirme tu nombre; por eso me prohibistes que te siguiera, porque existe un hombre á quien amas..... y yo aborrezco desde ahora.

ELENA. ¿Y por qué le aborreceis?

CAMILO. Porque te amo desde la noche en que te conocí, te amo con toda mi alma, y desde entonces no he gozado un solo momento de tranquilidad. Dime quién es ese hombre que vengo á reclamar.

ELENA. Si me amais como decís, no le descubriréis.

CAMILO. Imposible, ciudadana: siento que á mas de ser enemigo de mi patria, sea tambien mi rival; pero la patria reclama de mí un servicio, y yo no puedo serla traidor.

ELENA. Hacedlo por mí, por ese amor que segun habeis dicho me profesais.

CAMILO. ¿Te atreves, ciudadana, á rogar por él delante de mí?

ELENA. Sí, me atrevo, porque no es vuestro rival; es un hombre desgraciado, es mi hermano.

CAMILO. ¡Tu hermano! No puede ser: tú me engañas.

ELENA. Creedme, no os engaño.

CAMILO. Mi destino me impone otros deberes, y yo necesito saber fijamente quién es ese hombre.

ELENA. ¡Por Dios, no le perdais!

CAMILO. ¿Eso es decir que se oculta?

ELENA. Sí, se oculta; pero no es un criminal.

CAMILO. No importa: yo necesito saber quién es.

ELENA. Bien, os lo diré: voy á descubrir un secreto que me importa la vida; pero sois un hombre de honor, y no abusareis de la confianza que en vos deposito. Habia en el mundo una muger hermosa y noble que nos recogió en la horfandad, que nos miraba como á hijos; y mi hermano y yo, que no teníamos mas familia, vimos en ella una segunda madre. Esa muger que brilló un dia en la corte, querida y admirada de todos, era María Antonieta de Austria, reina de Francia.

CAMILO. ¡La reina!

ELENA. Sí, la reina, á quien habreis aborrecido como republicano, pero que sin embargo tenia, como vos, un corazon generoso.

CAMILO. Continúa, ciudadana.

ELENA. Mi padre era hijo de una noble familia de la Bretaña. Perdió toda su fortuna, y mi pobre madre no pudo sobrevivir á esta desgracia. Mi hermano y yo, niños todavía, acompañamos á nuestro padre que se refugió á Paris, y tuvo á veces que mendigar nuestro sustento. Un dia que nos llevaba de la mano y se acercó á la reina á pedirle una limosna, María Antonieta se compadeció de su suerte y nos tomó bajo su proteccion. Mi padre murió, y tan pronto como concluí mi educacion, la reina me llevó á su lado, y mi hermano entró á su servicio en el cuerpo de sus reales guardias. La revolucion arrojó del solio de Francia á María Antonieta, y la que un dia se vió cercada de placeres y admiradores, fue á ocupar una estrecha habitacion en la torre del Temple, á merced de un populacho feroz que se complacia en insultar á la ilustre prisionera: el pueblo reclamaba su cabeza, y mi hermano y yo nos propusimos salvarla á riesgo de nuestra propia existencia. Mi hermano logró penetrar hasta su misma prision: tenia ya preparados los medios de fuga; pero fue descubierto uno de sus cómplices, y tuvo suficiente valor para guardar el secreto y no comprometernos. No por eso desmayó: procuró ganar á sus carceleros, trató de armar á la juventud noble que se hallaba oculta en Paris y libertarla á viva fuerza. Todo fue inútil: los carceleros eran republicanos decididos é incorruptibles, eran muy pocos los jóvenes dispuestos á entrar en una empresa tan arriesgada. Yo tambien logré penetrar en su prision, yo tambien la ví llorar amargamente al separarse de sus hijos..... (*Elena llora. Camilo apenas puede contener sus lágrimas.*) ¿Tambien vos llorais?

- CAMILO. Sí, ciudadana, lloro; pero recuerdo las palabras de un buen patriota, cuando María Antonieta le hizo igual pregunta viéndose rodeada del pueblo de los arrabales que habia invadido las Tullerías. «Lloro, contestó el republicano, porque veo una madre desgraciada; pero no lloro por la reina.» Continúa, ciudadana.
- ELENA. Finalmente, perdimos toda esperanza de salvacion. Llegó el dia, y María Antonieta, nuestra protectora y nuestra amiga, subió al cadalso.
- CAMILO. Abandona, ciudadana, tan tristes recuerdos.
- ELENA. Teneis razon, amigo mio; pero es muy natural mi sentimiento.
- CAMILO. Veo que has sufrido mucho..... y siento que tu hermano conspire contra la república.
- ELENA. Mi hermano no conspira; mi hermano huye solamente de una muerte segura: hubiéramos deseado salir de Francia; pero temíamos ser tratados como sospechosos si nos detenian antes de llegar á la frontera. (*Camilo guarda un momento de silencio.*) ¿Nada me decís? ¿Qué significa ese silencio?
- CAMILO. Significa, ciudadana, que yo tambien soy muy desgraciado.
- ELENA. ¿Por qué?
- CAMILO. Porque te he conocido.
- ELENA. ¿Qué decís?
- CAMILO. Tengo que cumplir con un triste deber.....
- ELENA. ¡Oh, no es posible! No sereis capaz de entregarle á sus verdugos.
- CAMILO. Mi deber, ciudadana.....
- ELENA. Ricardo está inocente.
- CAMILO. Yo no puedo juzgarle.
- ELENA. Si es que me amais, atended á mis súplicas.
- CAMILO. Tus súplicas, ciudadana, redoblan mis tormentos; pero no puedo.....
- ELENA. ¿Y si vuestro afecto tuviese alguna recompensa? ¿Si vuestro cariño?.....
- CAMILO. ¿Qué dices?.... Habla y no me hagas padecer.
- ELENA. (*Con rubor.*) Si ese amor que me profesais.....
- CAMILO. Sí, te amo, y no soy dueño de ahogar esta pasion que me abrasa.
- ELENA. ¿Y si ese amor fuese correspondido?.....
- CAMILO. ¡Oh, seria mi gloria, mi felicidad!
- ELENA. Pues bien: vuestro cariño puede tener algun dia su recompensa.

CAMILO. ¿Será cierto?

ELENA. Yo os lo juro.

CAMILO. Tu promesa me hace el mas feliz de los hombres.

ELENA. Y si es tan grande vuestro cariño, ¿podreis negaros á salvar á mi hermano?

CAMILO. ¿Qué dices, ciudadana? Yo no puedo ser traidor á mi patria, yo no puedo faltar á mi deber.

ELENA. Es decir que renunciáis á mi cariño.

CAMILO. ¡Yo renunciar!

ELENA. Sí, renunciar, porque el hombre que aborrezca á Ricardo, á mi hermano, no es digno de mi aprecio. Solamente os pido un salvoconducto para que pueda llegar hasta la frontera. (*Viendo á Camilo que duda un momento.*) ¿Vaciáis? Reflexionadlo bien; tened presente que no vais á proteger á un criminal..... vais á salvar á un compatriota vuestro, que solo por ser noble pagaria con la vida si cayera en manos de sus enemigos.

CAMILO. (*Con desesperacion.*) Bien, faltaré á los deberes de ciudadano, haré cuanto quieras, seré traidor á la república; pero yo te amo con todo mi corazon y le salvaré.

ELENA. El cielo premiará vuestra generosidad.

ESCENA VII.

Dichos, ANTONIO.

ANTONIO. Ciudadano Camilo, el comisario Tiberio me manda decirte que ha esperado tus órdenes, y sin embargo no has avisado para hacer las pesquisas segun previene la ley de sospechosos.

CAMILO. Dí al ciudadano Tiberio que su deber es esperar mis órdenes. Ya he cumplido con la ley, y aqui no habita ninguna persona sospechosa. Puede retirarse. (*Vase Antonio.*)

ESCENA VIII.

ELENA, CAMILO *y despues* LINDET.

ELENA. Gracias, Camilo, gracias.

CAMILO. Ya lo ves, ciudadana; cumplo fielmente lo que te ofrecí.

ELENA. ¿Y ahora procurareis adquirir ese salvoconducto?

CAMILO. Te lo he prometido, y lo cumpliré.

ELENA. ¡Oh! Es preciso que Ricardo conozca á su protector; que vos tambien le conozcais.

CAMILO. No, ciudadana, no quiero verle; no quiero que el republicano tenga que avergonzarse delante de su enemigo por haber desobedecido las órdenes que se le han dado; (*Ruido dentro y la voz de Lindet.*) pero creo que viene gente..... es la voz de Lindet: ¿quién puede haberle dicho que aqui me veria? Retírate, ciudadana; conviene que le hable á solas. Yo te avisaré. (*Vase Elena.*)

ESCENA IX.

CAMILO y LINDET. *Lindet entra, y al ver á Camilo se para en la puerta y dice los versos siguientes.*

Al fin te vuelvo á ver, mi caro amigo.
Deja que el pecho de latir no cese.
Ya puedo respirar, ven á mis brazos,
ven.....

¡Bah, bah, no puedo continuar: hoy no estoy de vena! Gracias á Dios que te encuentro; pero ha sido una casualidad. Me retiraba á descansar, porque he estado ayer de guardia, cuando ví á la puerta de esta casa un grupo de gendarmes, descollando entre todos el gesto avinagrado del comisario Tiberio Regnier, tu antagonista aquella célebre noche, la víspera de la jornada de setiembre. Me acerco y me lo encuentro furioso, diciendo contra tí mil blasfemias, llamándote traidor.

CAMILO. ¡Yo traidor! (¡Tiene razon!)

LINET. Sí, lo decia; pero ya ves tú cómo habia de dar crédito á semejantes palabras. Procuré tranquilizarle, supe que habias entrado en esta casa á cumplir con una orden de la junta de salud pública; y viendo que el ciudadano Tiberio se marchaba, no he querido retirarme á descansar sin verte antes.

CAMILO. Me alegro, querido Lindet, porque tenemos que hablar.

LINET. Departamos, amigo, dulcemente.
Ya conoces, Camilo, si te quiero.

Habla cuanto gustes; pero ante todas cosas, tengo yo que hablarte tambien de la gran solemnidad que se prepara.

CAMILO. ¿Qué solemnidad?

LINDET. Nada menos que coronar á la *diosa de la razon*; nuestros legisladores han acordado que adoremos á esta nueva deidad. ¿Y sabes tú quién es la *diosa de la razon*?— Admírate, amigo Camilo, admírate: es Cleopatra.

CAMILO. ¡Cleopatra!

LINDET. Sí; Cleopatra, la infiel Cleopatra, esa muchacha que me trae vuelto loco, morena, de ojos negros; lindísima, eso sí, pero traviesa, traviesa y maniática..... como que tengo que andar con cien ojos, porque á lo mejor se desliza y da la preferencia á alguno de sus muchos adoradores. De estas manías tiene muchas.

CAMILO. Esos festejos no son dignos de un pueblo ilustrado, de un pueblo que quiere ser libre; y estraño mucho que tú tomes parte.....

LINDET. No, yo no tomo parte; pero figurando Cleopatra como diosa, ¿qué quieres tú que haga yo? ¿Y si vieras qué bien le sienta la túnica blanca, el manto encarnado, el gorro frigio y la lanza en la mano?

Hermosa y radiante está; sus blondos rizos
Mi pobre corazon han hechizado.

Amigo mio, no puedo remediarlo, siempre con mi manía de hacer versos; pero sin adelantar nada, cada dia son mas malos. ¿Y tú qué tienes? ¿Siempre triste?

CAMILO. Ya ha desaparecido mi tristeza: ya soy feliz.

LINDET. ¡Tú feliz!

CAMILO. Sí, querido Lindet: aquella muger misteriosa á quien me ayudaste á salvar, aquella muger que me dió la vida para arrebatármela luego.....

LINDET. Bien, hombre: ¿y qué?

CAMILO. La he visto.

LINDET. ¿La has visto? ¿Y dónde?

CAMILO. Aqui mismo.

LINDET. No lo estraño: tambien mi Cleopatra tenia costumbre de desaparecer cuando sus fondos estaban en alza, y no volvia á verme hasta que no le quedaba un solo franco; pero se corrigió mediante algunas advertencias oportunas. (*Indicando con la mano que la castigaba.*) Pero ya se ve: como soy tan sensible, al momento me ablandaba.

CAMILO. Amigo Lindet, si no quieres que perdamos las amistades, no vuelvas á hablar con tan poco miramiento de la muger que amo.

LINDET. Amigo mio, no trato de injuriarla : basta que tú me hayas advertido..... y vamos: ¿ella te corresponde?

CAMILO. Sí, Lindet, me ama ; y es una muger muy desgraciada.

LINDET. Tambien Cleopatra..... (*Conteniéndose.*) pero no, ya sé que te disgusta: dispénsame, amigo mio. ¿Con que decias que es muy desgraciada?

CAMILO. Sí, muy degraaciada , y necesito de tu amistad para hacerla feliz.

LINDET. Habla , amigo Camilo , habla : ¿qué no haria yo por tí?

CAMILO. ¿De veras? ¿Estás dispuesto á darme una prueba de cariño?

LINDET. ¿Y puedes dudarlo?

CAMILO. Pues bien: voy á confiarte mi secreto. Aquella ciudadana es una muger desvalida , sin mas apoyo en el mundo que el de un hermano que servia en el cuerpo de guardias. Ambos espusieron inútilmente su vida por salvar la de María Antonieta, su protectora. Despues de la muerte de la reina, han vivido ocultos, temiendo caer en manos del tribunal revolucionario. La junta de salud pública tuvo sin duda conocimiento de que en esta casa habitaba una persona sospechosa. Figúrate cuál seria mi sorpresa cuando al entrar á cumplir sus órdenes se me presenta la muger por quien tanto he sufrido. ¿Debia yo entregarla á una muerte segura? ¿Podia yo permanecer indiferente á sus súplicas , á sus lágrimas? No, Lindet ; no tuve valor: mandé retirar á los gendarmes que me acompañaban, y le prometí salvar á su hermano.

LINDET. Confieso que tu situacion es sumamente espinosa; pero ¿sabes por ventura lo que has prometido? Eso quiere decir que estás mal con tu cabeza.

CAMILO. Nada importa: estoy resuelto á todo.

LINDET. Vamos, Camilo, míralo bien, y no quieras esponer tu vida.

CAMILO. Sí, la espondré mil veces por ella ; no puedo retroceder, y espero que tú me ayudes.

LINDET. ¡Ayudarte yo! ¿Y á qué?

CAMILO. Necesito que te presentes á la municipalidad y pidas un salvoconducto estendido á mi nombre : conviene que yo no me separe de esta casa, hasta haber cumplido mi promesa. Este es el único medio de prevenir cualquier peligro. Aqui te espero.

LINDET. ¿Tú sabes lo que me propones? ¿Sabes que ambos podíamos comprometernos sin que de nada sirviera haber sido dos buenos patriotas? ¿Te has olvidado que Danton y Camilo Desmoulins fueron dos republicanos decididos, y sin embargo han muerto en la guillotina porque querían retroceder?

CAMILO. Sí, lo sé: es grande el sacrificio que exijo de tu amistad; pero insisto en mi petición.

LINDET. Si de algo sirven las súplicas de un amigo, yo te ruego que desistas. Sí, Camilo, vas á comprometerte inútilmente, y nada conseguirás.

CAMILO. Yo no puedo renunciar á la felicidad; no puedo renunciar á la muger que adoro.

LINDET. Exige de mí otro favor: es preciso que renuncies; no puedo servirte.

CAMILO. ¿Con que es decir que me abandonas? ¿Es decir que en nada aprecias mi amistad?

LINDET. Si no fuera amigo tuyo, no hubiera procurado disuadirte de semejante locura.

CAMILO. Por última vez, Lindet.

LINDET. No, jamás.

ESCENA X.

Dichos, ELENA.

ELENA. Salvadle, caballero, salvadle: yo os lo suplico.

CAMILO. ¡Cielos!

LINDET. ¡Ciudadana!

ELENA. Si no os convencen las súplicas de un amigo, tened al menos compasión de mis lágrimas.

LINDET. Es imposible, ciudadana.

CAMILO. Basta de súplicas. El auxilio de una persona amiga nos es en estos momentos sumamente necesario; pero puesto que no podemos contar con él, yo me arriesgaré: me presentaré á la municipalidad, traeré el salvoconducto, y pronto podrá partir. Yo no temo la muerte.

LINDET. No es el miedo á la muerte el que me detiene, ciudadana: la he visto bien cerca en distintas ocasiones, y jamás me ha faltado valor, nunca me he inmutado; pero lo que me aterra es la idea de ser traidor á la república; á la república por quien he combatido, á quien he jurado fidelidad. Lindet era un traidor, dirán mis conciudadanos.

ELENA. ¡Oh! ¡No lo dirán! ¡Por piedad! (*Se arroja llorando á los pies de Lindet.*)

LINDET. Lo dirán, y tendrán razon. Vuestras lágrimas me conmueven, (*Conmovido.*) ciudadana: odio al trono y á todos sus servidores, he perseguido á los aristócratas, los aborrezco de muerte.... pero.... yo tambien le salvaré. (*Levantándola del suelo.*)

ELENA. ¡Ah!

CAMILO. ¡Mi querido amigo! (*Abrazándole.*)

LINDET. Ya sabes que soy un buen patriota: me conoces hace mucho tiempo; pero conoces tambien que tengo un corazon demasiado sensible, y que en viendo á una muger llorar soy hombre al agua.

ELENA. Gracias, gracias.

CAMILO. Soy uno de los primeros ciudadanos que tomaron las armas en defensa de su patria: he compartido con mis compañeros los mayores peligros; he visto caer impasible muchas cabezas; acompañé á María Antonieta hasta las gradas del cadalso; pero admírate, amigo mio: si hubiera visto llorar á aquella muger hermosa pidiéndome que la salvara, hubiera empuñado mi espada, hubiera desafiado al tribunal revolucionario, á la multitud que ocupaba la plaza de la Revolucion, hubiera muerto por ella. Todos somos republicanos; pero todos los corazones no son iguales.

ELENA. ¡Teneis un gran corazon!

LINDET. Vamos á lo que interesa: ¿necesitais un salvoconducto? Voy á reclamarlo inmediatamente: espero que la peticion de un buen patriota no será desairada. Hasta luego, amigo mio; pronto vuelvo.

ELENA. }
CAMILO. } ¡Adios!

ESCENA X.

Dichos, menos LINDET, despues TOMY.

CAMILO. Ahora, ciudadana, ¿estás contenta de mí? ¿Qué mas puedes exigir?

ELENA. Antes os amaba porque os vivia reconocida: ahora os amo con toda mi alma. ¡Qué puedo exigir decís! Vuestro cariño; y esta será mi mayor felicidad.

CAMILO. Ese es el mayor premio que pudieras haberme concedido. Pero no debemos perder tiempo; es preciso que tu hermano esté dispuesto.....

ELENA. Sí, muy pronto: ¡Tomy, Tomy! (*Sale Tomy.*) Alégrate, buen viejo: tu amo va á partir; al fin se verá libre de tantos peligros.

TOMY. ¿Qué decís? ¿A quién debe tan señalado favor? ¿Quién es su protector?

ELENA. Mírale. (*Señala á Camilo: Tomy se arroja á sus pies.*)

TOMY. ¡Ah, señor! Permitidme que bese vuestras plantas; permitidme que un fiel criado os dé las gracias.....

CAMILO. Levántate: nada debes agradecerme.

ELENA. Es preciso que me acompañes, Tomy, que busquemos un carruaje que ha de situarse á la entrada del camino que conduce á Lion, próximo á las Barreras. Tu amo saldrá por la puerta secreta y partirá al momento.....

TOMY. Vamos donde queráis.

ELENA. Adios, Camilo: en vos confío; no me abandoneis.

CAMILO. Ciudadana, aqui te espero.

ESENA XI.

CAMILO.

¡Qué sensacion tan agradable experimenta el corazon del hombre cuando hace un bien á sus semejantes! ¡Qué emocion tan dulce! Esa emocion seria para mí mas cumplida si el deseo de hacer un bien no me arrastrase á cometer una falta imperdonable. Mi cariño es criminal, porque me obliga á olvidar el mas sagrado de mis deberes; pero no soy dueño de mí mismo: yo amo á esa muger, y daría mi vida por ella.

ESCENA XII.

CAMILO, TIBERIO y ANTONIO.

TIBERIO. Ciudadano Camilo, me alegro encontrarte.

CAMILO. ¿Qué me quieres?

TIBERIO. Deseo ajustar una cuenta pendiente entre los dos: quiero averiguar si, como dice el pueblo, el ciudadano Camilo es sospechoso.

CAMILO. No estraño que algunos me juzguen tan mal, sino que tú tengas suficiente valor para decírmelo frente á frente.

TIBERIO. Tengo valor para decirlo, porque puedo probarlo. Juntos vinimos á hacer las pesquisas á esta casa. Valido de tu carácter superior, te adelantaste, mandando á poco tiempo que me retirara. Yo obedecí, aunque recelaba; pero he adquirido despues la mayor seguridad de que aqui se esconde una persona sospechosa, un aristócrata, y es preciso que al momento me lo entregues.

CAMILO. Aqui no se esconde ningun aristócrata; yo respondo de ello.

TIBERIO. No me basta tu palabra.

CAMILO. (*Echando mano á la espada.*) ¡Miserable!

TIBERIO. De poco sirve que me amenes; mientras mas efecto te causen mis palabras, mas seguro estoy de que eres criminal.

CAMILO. Tú no tienes derecho para reconvenirme.

TIBERIO. Yo soy un ciudadano, y tengo derecho para denunciarte; pero ahora solo me interesa apoderarme de ese hombre, y con ese objeto vengo acompañado. (*A Antonio.*) Asegura esa puerta para que nadie venga á molestarnos.

CAMILO. ¿Te atreves á insultarme así?

TIBERIO. Sí, me atrevo: hace tiempo que no nos queremos muy bien: acuérdate de la noche en que me amenazaste....

CAMILO. Acuérdate tú de que no tuviste suficiente valor para hacerme frente. ¿Es ese el crimen que yo he cometido? ¿Por eso tratas de vengarte ahora? ¿Por eso me amenazas? Tú querias atropellar á una muger: ¿querias que yo presenciara tu infame conducta y permaneciera impasible? ¿Es ese el republicanismo de que tanto blasonas? ¿Quereis, unos pocos, atropellar por todo, quereis ahogar esa misma libertad que tanto proclamais? Quereis ver correr sangre, pero sangre inocente: no es ese el camino que debeis seguir. El republicano como yo ama la libertad, y quiere que todos los ciudadanos participen de ella: el verdadero republicano odia el trono, combate la esclavitud, deja que las leyes castiguen á sus enemigos; el verdadero republicano, en fin, no es asesino.

TIBERIO. Concluyamos de una vez: deja que se registre esta casa, y despues puedes hacer lo que quieras. (*Dirigiéndose á la puerta izquierda. Camilo se interpone.*)

CAMILO. Ciudadano, Tiberio, yo mando que te retires.

TIBERIO. Tú eres un traidor y no debo obedecerte.

CAMILO. ¡Atrás, digo! (*Desenvaina la espada.*)

TIBERIO. ¿Piensas defenderte? (*A Antonio.*) ¡Favor á la repú-

blica! No le matemos; pero abrámonos paso. (*Acometen los dos á Camilo, que se coloca en medio de la escena y se bate retrocediendo durante el siguiente diálogo.*)

CAMILO. ¡Dos contra uno solo! ¿Quieres matarme? Pues bien: cara te ha de costar mi vida.

TIBERIO. Déjame el paso.

CAMILO. Antes pasarás sobre mi cadáver. (*Se bate desesperadamente hasta hincar una rodilla en tierra: Ricardo sale por la puerta izquierda y se bate con Antonio.*)

ESCENA XIII.

Dichos y RICARDO.

RICARDO. ¡Cobardes, uno á uno!

CAMILO. ¡Cielos! Tu mano tiembla. (*Logra levantarse y carga sobre Tiberio.*)

TIBERIO. ¡Todavía puedo matarte! Da gracias al que viene en tu socorro. ¡Ah! (*Queda desarmado.*)

CAMILO. Basta ya; (*Cesan los otros.*) pudiera concluir contigo si no me compadeciese de tu ceguedad.

TIBERIO. Has logrado vencerme; pero todavía podemos encontrarnos.

CAMILO. Querías matarme, y no has tenido valor para presentarte solo; has necesitado que un miserable como tú te ayudase. No eres digno de que mi espada vuelva á cruzarse con la tuya. Vé á á denunciarme á la junta de salud pública: el tribunal conoce mis servicios; sabe quién yo soy, y solo conseguirás que te desprecien. Estás en libertad: puedes retirarte. (*Abre la puerta, y se retiran Tiberio y Antonio.*)

ESCENA XIV.

RICARDO y CAMILO se miran por un momento.

CAMILO. Mucho me ha estrañado, ciudadano, tu repentina aparicion. ¿Puedo saber á quién debo tan inesperado auxilio?

RICARDO. A un enemigo vuestro.

CAMILO. ¡Tú!

RICARDO. Sí, yo; enemigo tambien de la república; yo, Ricardo D'Arnand, á quien habeis jurado salvar.

CAMILO. ¿Eres tú, ciudadano?....

RICARDO. Oculto en esa habitacion oí vuestra disputa con ese malvado, os defendisteis valerosamente; pero os ví en peligro y me coloqué á vuestro lado.

CAMILO. Te doy gracias por tu generosidad.

RICARDO. Yo soy el que debe viviros agradecido, pues por mi causa os habeis espuesto.....

CAMILO. Te ruego, ciudadano, que no hables de mi promesa.

RICARDO. ¿Estais por ventura pesaroso?

CAMILO. Creo que al cumplir con mi juramento soy criminal, y siento que me recuerden mi falta.

RICARDO. Si creeis un crimen libertar de una muerte injusta al hombre que obra segun sus convicciones, que á nadie ha hecho mal, y que siente las desgracias de su patria, en ese caso podeis desistir de vuestra promesa: yo la rehuso.

CAMILO. Jamás lo consentiré: siento faltar por primera vez á la fidelidad que debo á mi patria; pero no porque me arrepienta de mi juramento.

ESCENA XV.

Dichos, un GENDARME con un pliego que entrega á Camilo.

GENDARME. Del ciudadano Lindet.

CAMILO. Dame pronto. (*Le toma, y se va el gendarme. Leyendo.*) «Amigo Camilo, te remito el salvoconducto, estendido á tu nombre; no puedo llevarlo en persona, porque
»acabo de recibir una orden de la junta de salud pública,
»que quiere confiarme una mision importante. Prudencia
»sobre todo. Tu amigo Lindet.» Aqui tienes, ciudadano, el salvoconducto que ha de servirte para llegar hasta la frontera. Mira si me arrepiento: acuérdate de que dejas en Francia un republicano que se interesa por tí. Ciudadano D'Arnand, dame tu mano.

RICARDO. Tomadla. (*Se la da.*)

ESCENA XVI.

Dichos, ELENA.

ELENA. ¡Oh, gracias, Dios mió! El cielo no puede consentir que dos hombres tan generosos sean enemigos.

CAMILO. ¡Elena!

RICARDO. ¡Hermana mia!

ELENA. No podemos perder tiempo. Todo está dispuesto: Tomy te espera en las Barreras; á corta distancia está parado el carruaje que debe conducirte.

RICARDO. Amigo mio, tengo el sentimiento de no haberos conocido antes. Una suerte fatal me persigue; pero al salir de mi patria, me queda al menos el consuelo de que hay en el mundo un hombre generoso que velará por mi pobre hermana. Yo os la confío.

CAMILO. Ciudadano, puedes partir tranquilo: yo te prometo velar por ella.

RICARDO. Quiera el cielo que volvamos á abrazarnos en otros dias mas felices.

ELENA. ¡Adios, hermano mio! (*Le abraza llorando.*)

RICARDO. Adios. (*Vuelve á dar la mano á Camilo y vase.*)

ESCENA XVII.

CAMILO; ELENA, que cae en una silla: luego LINDET,

ELENA. (*Llorosa.*) ¡Libertad! Dios mio; no le abandoneis!

CAMILO. Vamos, ciudadana, no desconfies: el cielo le protegerá sin duda.

ELENA. No tengo mas padres ni mas amparo que vos: confío en vuestros nobles sentimientos.

CAMILO. Puedes confiar, ciudadana; yo solo ambiciono tu cariño, y esta será mi mayor gloria.

LINET. Camilo, amigo mio, vengo á decirte que tu vida está en peligro.

ELENA. ¡Cielos!

LINET. ¿Recibiste mi carta?

CAMILO. Sí.

LINET. En ella te decia que la junta de salud pública queria confiarme una mision importante. Pues bien: me presenté á ella, y apenas me habia comunicado sus órdenes, entra el ciudadano Tiberio y te denuncia como sospechoso, fundándose en haber dado auxilio á un emigrado. Quise defenderte; pero Tiberio estendió su denuncia, y el tribunal dió contra tí orden de prision.

CAMILO. ¡Yo preso como sospechoso!

LINET. Bien te lo advertí; pero no quisiste escucharme.

CAMILO. Antes de que vengan á prenderme, yo me presentaré al tribunal y pediré el castigo de ese infame.

:

LINDET. Amigo mio, ya sabes que el tribunal revolucionario es inexorable.

CAMILO. No importa: voy al momento; pero antes exijo un nuevo sacrificio de tu amistad. Ese hombre para quien has pedido el salvoconducto va á partir; todavía no habrá llegado á las barreras: síguele por esa puerta, no te separes del camino hasta haber perdido de vista el carruaje, y si mi desgracia me llevara á una prision, á tí te confio la muger que adoro.

ELENA. ¡Dios mio!

LINDET. ¿Y tú?....

CAMILO. Corre, Lindet, corre, te lo ruego: yo espero salvarme.

LINDET. Querido Camilo, eres demasiado exigente. Ahora solo me falta que á mí tambien me prendan como sospechoso; pero ¡qué diablos! Estoy dispuesto á todo. (*Vase corriendo.*)

ELENA. Huid, Camilo, huid; de este modo conseguiremos evitar nuevos peligros.

CAMILO. No, Elena; quiero esperarlos, quiero presentarme con mi cabeza erguida; quiero ver si tienen suficiente valor para condenar al que ha derramado su sangre por la república.

ELENA. ¡Ah! Miradlos. (*Volviéndose hácia la puerta.*)

ESCENA XVIII.

Dichos, un COMISARIO y dos gendarmes.

COMISARIO. Ciudadano Camilo, de órden de la junta de salud pública, date á prision.

CAMILO. Estoy á tus órdenes. (*Entregando su espada.* Adios, Elena: (*Elena llora.*) he cumplido mi promesa: tu hermano está libre, mi corazon está satisfecho. Pronto volveré á verte.

ELENA. ¡Adios!

CAMILO. (*Al comisario.*) Cuando quieras.

ESCENA XIX.

ELENA.

Yo soy la causa de su desgracia. Su cariño le ha perdido: he salvado á Ricardo sacrificando al hombre que amo. ¡Protegedle, Dios mio, protegedle! (*Cae de rodillas con las manos cruzadas.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



CUADRO PRIMERO.

Antesala del Tribunal revolucionario. Puerta al foro que conduce al Tribunal. Dentro se ve otra segunda puerta y colocado en ella un centinela. Dos puertas laterales que sirven de entrada general para el público. Al levantarse el telon se ven algunos grupos de gente que espera y que hablan entre sí. Tiberio y otro hablan solos. Temístocles y Trasíbulo empiezan.

ESCENA I.

TEMÍSTOCLES, TRASÍBULO, TIBERIO y ANTONIO.

TEMÍSTOCLES. Muy deprisa camina hoy el tribunal.

TRASÍBULO. Ya van despachados diez y siete.

TEMÍSTOCLES. Y pasarán de treinta. El tribunal se ha propuesto no dejar en Francia un solo sospechoso, y creo que se saldrá con la suya.

TRASÍBULO. Fácil es; pero antes tiene que costar la vida á mucha gente.

TEMÍSTOCLES. ¿Y qué importa? Tengamos paz, que esto es lo que nos interesa.

TRASÍBULO. Si la consiguiéramos por eso; pero si vemos todo lo contrario: no pasa un dia sin que veamos rodar veinte cabezas, y hasta ahora solo sirve para aumentar el descontento, para que el padre procure vengar á su hijo, el hijo á su padre, y así sucesivamente.

TEMÍSTOCLES. Ya se cansarán.

TRASÍBULO. El pueblo necesita ya de otro espectáculo menos repugnante, y no aplaude ni se alegra al ver caer tantas cabezas.

TEMÍSTOCLES. Tú nunca has sido afecto á ver morir gente.

TRASÍBULO. Nunca me ha gustado ver morir inocentes. Cuando guillotinaron á Luis Capeto no murmuré, porque le creí cul-

pable, era enemigo de la república; pero ¿se ha guillotinado á todos justamente? ¿No ves que han muerto muchos que no podían ser criminales? Sin ir mas lejos, ahí tienes al ciudadano Camilo, preso por sospechoso. ¡Sospechoso un hombre como él, que ha servido siempre fielmente á la república!

TEMÍSTOCLES. ¿Y qué sabemos?

TRASÍBULO. Aunque lo fuera, un hombre de sus servicios no debía presentarse, como él se presenta hoy, á que le juzgue el Tribunal revolucionario.

TRASÍBULO. Cállate, porque pueden oírte, y entonces es fácil que te tengan tambien por sospechoso. Vamos á entrar en el tribunal á ver cuántos condenados hay ya: mucho tienen que trabajar mañana las carretas.—Vamos.

TRASÍBULO. (*Con disgusto.*) Vamos.

ESCENA II.

TIBERIO y ANTONIO que vienen hablando por el foro.

TIBERIO. ¿Y no has logrado averiguar su paradero?

ANTONIO. Cuando me avisaste que Camilo estaba preso, acudí á la casa, y á nadie encontré ya: salió un viejo, y le hice varias preguntas; pero no quiso contestarme á todo lo que yo queria saber.

TIBERIO. Algun perro como ellos.

ANTONIO. Tú debias haberlos hecho prender tambien cuando el Comisario se presentó á buscar á Camilo.

TIBERIO. El tribunal dió orden contra él, y yo esperaba sorprender luego á los demas; pero he errado el golpe, y si he de decir la verdad, sospecho tambien del ciudadano Lindet.

ANTONIO. De Lindet, un republicano decidido, un Municipal.

TIBERIO. Decidido nos parecia Camilo, y mira el chasco que nos ha dado.

ANTONIO. Yo no creo todavía.....

TIBERIO. (*Con misterio.*) Una muger y un hombre habitaban en aquella casa, y casi me figuro que esa muger es la misma que él nos prohibió que registrásemos una noche. ¿Te acuerdas? La víspera de la jornada de setiembre.

ANTONIO. Sí, me acuerdo; pero no puedo figurarme que sea la misma.

TIBERIO. Pues yo creo que sí.

ANTONIO. Entonces, si el amor anda en el enredo, no es extraño que Camilo vacile, y casi casi es disculpable.

TIBERIO. El verdadero republicano debe tener corazón de hierro, no ha de ser enamorado.

ANTONIO. No todos tienen tu mismo corazón.

TIBERIO. No me disgustan las mugeres; pero jamás sacrificaré á ellas mi deber, y vería morir en la guillotina á mi propia querida si fuese traidora á la nación. Nos llaman terroristas porque no tenemos más Dios que la República, y estamos prontos á atropellarlo todo por sostenerla: solo así entiendo yo el patriotismo; lo demás es andar con tornasoles, que me gustan muy poco.

ANTONIO. Vamos, vamos, es preciso que seas menos duro.

TIBERIO. Jamás. Creo que Robespierre es demasiado condescendiente. Camilo es sospechoso, y debe morir.

ANTONIO. Creo que no morirá, porque todo el mundo le quiere y no se atreverá á condenarlo.

TIBERIO. El ciudadano Fouquier es como yo, y no guarda consideraciones con nadie. Camilo está ya sentado en el banco de los acusados, y el que allí se sienta no se escapa.

ANTONIO. Siempre has perseguido á los enemigos de la República; pero ahora á pesar de tratarse de un republicano, contra el cual no existen grandes pruebas, te encuentro más implacable que nunca. Háblame con franqueza: algún oculto interés.....

TIBERIO. Ninguno.

ANTONIO. Eso es imposible: ya sabes que difícilmente podremos engañarnos.

TIBERIO. Te aseguro.....

ANTONIO. ¿Con que es decir que me tratas como si no fuera amigo tuyo?

TIBERIO. Pues bien: voy á decírtelo. Yo aborrezco á ese hombre. En primer lugar, porque le creo traidor: en segundo, porque me ha amenazado delante de los individuos de mi sección. Alzó la mano contra mí, y esta es una injuria que jamás le perdonaré y que necesito vengar.

ANTONIO. Yo te aconsejaría que le buscases y vengaras de otro modo esa afrenta.

TIBERIO. Ya sabes que le busqué, tú me acompañaste; pero la suerte le favoreció y quedé desarmado.

ANTONIO. A pesar de todo, no puedo aprobar tu resolución.

TIBERIO. Tú no aprobarás que desee vengarme por la enemistad que puede existir entre los dos; pero no podrás impedir que yo persiga á un ciudadano á quien creo sospechoso. Si otra cosa hicieras, habria tambien derecho para sospechar de tí.

ANTONIO. Todo cuanto tengo lo debo á tu amistad, y te serviria, aunque á decir verdad, me repugna muchas veces verte tan cruel.

TIBERIO. Cada uno vé las cosas de distinto modo. Soy Municipal, y como tal encargado de velar por la seguridad de la República. Asi, pues, es preciso que sigas á Lindet, que no le pierdas un momento de vista, y de este modo es fácil que averigüemos el paradero de los dos sospechosos que defiende Camilo.

ANTONIO. Lo haré, puesto que tú lo quieres; pero es inútil: el ciudadano Lindet es un buen republicano. Mírale, allí viene con algunos individuos de su seccion.

TIBERIO. Separémonos á un lado.

ESCENA III.

Dichos, LINDET y varios amigos; despues RICARDO.

LINET. Sí, amigos míos; el Tribunal hará justicia. Camilo es inocente, y no hay motivo para sospechar de él. ¿Estais prontos á declarar en favor de mi buen amigo?

TODOS. Todos.

LINET. Vosotros mejor que nadie conoceis sus servicios, vosotros, que á sus órdenes y como individuos de su seccion, le habeis visto siempre combatir por la libertad. En la jornada del campo de Marte, en la de Versalles, en todas partes en fin, es el primero que ha merecido bien de la patria. El Tribunal va á juzgarle. Veremos si sus delatores se presentan, veremos si hay alguno.....

TIBERIO. El mismo que le ha denunciado sabrá sostener su delacion.

LINET. ¡Infame!

TIBERIO. Si no quieres esponerte á ser condenado lo mismo que él, guárdate de amenazarme, porque de aqui á la guillotina es muy corta la distancia.

LINET. Desprecio tus amenazas. Soy un Municipal como tú.

TIBERIO. Desprécialas en buen hora ; pero eso no ha de salvar á Camilo.

LINDET. ¿Qué interés te ha movido á ser su enemigo?

TIBERIO. El deseo de servir á la República.

LINDET. Mientes: no se sirve á la República calumniando á uno de sus mas fieles defensores.

TIBERIO. Eso el Tribunal lo juzgará.

LINDET. Yo tambien podria denunciarte, podria perderte.

TIBERIO. Yo no acostumbro á defender aristócratas ni á tener clemencia, y estoy libre de aparecer como sospechoso y de que el tribunal se ocupe de mí.

LINDET. ¿Con que es decir que te has propuesto perseguirle de muerte?

TIBERIO. Yo no le persigo; su mismo delito le pierde.

LINDET. Si no fuera por el lugar que ocupamos, te hubiera costado cara tu insolencia.

TIBERIO. Dí cuanto quieras, y el tribunal revolucionario te responderá.

LINDET. ¡Miserable! *(Echa mano á su sable, sus amigos acuden á detenerle y entre los del pueblo está Ricardo disfrazado que le contiene el brazo. Lindet se vuelve y le reconoce.)* ¡Ah!

RICARDO. *(A Lindet.)* (Silencio, y conteneos.)

ANTONIO. Alto ahí, ciudadanos: ¿ireis á reñir ahora sin guardar respeto á la proximidad del tribunal? No es justo que dos valientes republicanos se den de cuchilladas, y por lo mismo propongo el abrazo de fraternidad.

ALGUNOS. Sí, sí.

LINDET. Jamás podré fraternizar con un hombre tan vil.

TIBERIO. No te molestes; estamos iguales, porque yo tambien lo rehusó. *(Entra en el tribunal con los suyos; Lindet se dirige tambien á los suyos.)*

LINDET. Entrad, amigos míos para que animeis con vuestra presencia á mi querido Camilo. La seccion está reunida hasta saber la decision del Tribunal: ya os sigo. *(Todos entran menos Ricardo y él.)*

ESCENA IV.

LINDET y RICARDO.

LINDET. ¿Qué haces aquí, ciudadano? Reflexiona que puedes esponerte.

RICARDO. ¿Y qué me importa?

LINDET. ¿Qué te importa? ¿No ves que la menor indiscrecion te puede llevar al cadalso?

RICARDO. Amigo mio, ese hombre generoso que va á ser juzgado por nuestra causa me tendió una mano protectora, ha espuesto su vida comprometiendo al mismo tiempo la vuestra. Vos mismo acudisteis al sitio de mi fuga por encargo suyo, para acompañarme, para protegerme hasta el momento de partir. Él esponia su existencia por salvar la mia: ¿y debia yo consentirlo? Bien sabeis que me negué á ello: no quise huir, porque no podia dejar abandonado á un hombre víctima de su generosidad.

LINDET. Te has portado noblemente, y si he de decirte la verdad, jamás creí que un aristócrata obrase de esa manera. Tu conducta me reconcilia algun tanto con los nobles.

RICARDO. Os he ofrecido obrar de acuerdo con vos para salvar á Camilo. Aqui me teneis disfrazado. Con este traje es muy difícil que nadie sospeche.

LINDET. Debemos vivir sobre aviso; la policia no duerme.

RICARDO. A poco de haber abandonado la casa de mi fiel criado Tomy para pasar á la vuestra, se presentó un desconocido á preguntar por las personas que habitaban en ella; pero Tomy eludió la pregunta y el desconocido se retiró.

LINDET. Ya lo ves, ciudadano, se han propuesto seguiros y debemos andar con mucho cuidado.

RICARDO. Aunque ese miserable me vió bien de cerca, cuando quiso matar á Camilo, gracias á este gorro y á esta peluca de cabellos largos, es muy difícil que me conozca.

LINDET. Ahora no podemos perder tiempo; es preciso poner todos los medios para salvar á nuestro amigo.

RICARDO. Hablad, ya os escucho: contad conmigo para todo.

LINDET. Mañana mandará la guardia de la Conserjería uno de los secretarios de mi seccion, republicano decidido, pero amigo de toda mi confianza; le he propuesto cambiar con él y ha accedido. Cuando la noche haya avanzado, tú y tu hermana le esperareis en el sitio que convengamos: estará dispuesto un carruaje y saldreis al momento de Paris.

RICARDO. ¿Y vos?

LINDET. Yo aqui me quedo; á mí no me han de meter el diente, no se atreverán.

RICARDO. Vos quedareis espuesto al furor de sus enemigos. Tambien partireis con nosotros.

LINDET. Bien, bien: déjate ahora de eso y pensemos solamente en él.

RICARDO. Aun nos queda otra esperanza; le arrancaremos á viva fuerza del poder de sus verdugos.

LINDET. Antes de que llegue ese caso, probemos el medio que tengo preparado. Mucho trabajo me ha costado contener á los mismos individuos de su seccion, y á pesar de todo, esperan abajo la mayor parte, resueltos á arrastrar á su delator y á pedir al tribunal la libertad de Camilo. Yo les he amonestado, porque cualquier motin, lejos de favorecer á mi amigo le perjudicaria. Voy á disponerlo todo. Entra tú en el Tribunal y procura confundirte entre la multitud. Pronto vuelvo.

RICARDO. Aqui os espero.

ESCENA V.

RICARDO solo.

¡Qué dos corazones tan nobles! ¡Y son estos nuestros enemigos, son estos los que han llevado á la guillotina á los Reyes de Francia, los que han perseguido á los defensores de la monarquía, á los que yo he aborrecido de muerte!.... ¡Triste condicion de los partidos! Todos compatriotas, todos hermanos, y sin embargo, un destino fatal los separa, y guiados casi siempre por un fanatismo que los ciega, se matan sin compasion. (*Viendo á Elena.*) ¡Cielos!

ESCENA VI.

RICARDO y ELENA.

ELENA. No te admires de verme aqui. ¿Podia yo acaso esperar en la incertidumbre?

RICARDO. Retírate, Elena: cualquier indiscrecion puede comprometernos, y no por eso se salvaria Camilo.

ELENA. No, yo no puedo abandonarle; yo quiero estar á su lado, yo quiero verle.

RICARDO. ¡Imposible!

ELENA. Me presentaré á sus jueces y diré que es inocente: yo sola soy la culpable.

RICARDO. Tranquilízate, Elena: Camilo puede salvarse todavía.

ELENA. Habla, no me engañes.

RICARDO. Su amigo Lindet trabaja para conseguirlo: los mismos individuos de su seccion estan en su favor.

ELENA. Hemos hecho partícipes de nuestras desgracias á estos dos amigos: hemos comprometido su existencia, y su generosidad puede costarles la vida.

RICARDO. No, Elena. Yo solo he ocasionado su desgracia. Tú querias verme libre, querias que dejara el suelo natal, donde el hacha de la revolucion amenazaba continuamente mi cabeza. Una débil muger hubiera vivido en Francia sin inspirar recelo al gobierno republicano; pero un antiguo servidor de la monarquía no podia vivir tranquilo, siempre seria sospechoso.

ELENA. Ya ves, Ricardo, que hay tambien en los republicanos sentimientos muy nobles. ¿Te acuerdas que me prohibistes amar á Camilo porque le creias indigno de mi cariño, porque era enemigo del trono?

RICARDO. Yo no conocia á Camilo; y ahora me arrepiento de haberle juzgado tan mal. (*Rumor en el Tribunal.*)

ELENA. ¿No oyes ese rumor? ¿Qué significa?....

RICARDO. Nada, no es nada: aléjate por Dios, Elena.

ELENA. ¡Yo quiero presenciarse su interrogatorio, quiero saber si le condenan!....

RICARDO. No puedes permanecer aqui, yo te lo suplico.

ELENA. ¿Desconfias de mi valor, hermano mio? Lo conozco; pero yo te prometo que no me faltará: no me prives del único consuelo que me resta.

RICARDO. Bien, Elena, ven conmigo, estarás á mi lado; pero acuérdate que cualquier indiscrecion le perderia.

ELENA. Confia en mí. Vamos.

RICARDO. Vamos. (*Entran por la puerta que conduce al Tribunal.*)

CUADRO SEGUNDO.

ESCENA I.

Sala del Tribunal revolucionario. Aparece el PRESIDENTE, FISCAL y los JUECES sentados á una mesa; CAMILO en el banco de los acusados y pueblo en las tribunas, y detrás del banco de los jueces RICARDO y ELENA frente al presidente, pero confundidos entre el pueblo.

PRESIDENTE. Ciudadano acusado, levántate. ¿Cómo te llamas?
(*Camilo se levanta.*)

CAMILO. Camilo Vandier.

PRESIDENTE. ¿Cuáles son tus servicios? ¿Cuál es tu profesion?

CAMILO. He servido en el ejército republicano al mando de Dumoriez, he combatido en Jemmapes, he obtenido el grado de capitán, y soy Presidente de la sección armada de *Los hijos de la patria*.

PRESIDENTE. Estás denunciado como sospechoso.

CAMILO. ¿Qué sospechas pueden aparecer contra mí?

PRESIDENTE. El ciudadano fiscal leerá la acusación.

FISCAL. (*Lee.*) «El ciudadano Camilo Vandier estaba encargado por la junta de salud pública de una comisión importante, y no la ha cumplido fielmente, haciendo las pesquisas que manda la ley de sospechosos: se le acusa de haber dado asilo á un enemigo de la República, y debe ser por lo tanto condenado á la pena de los traidores.»

ELENA. ¡La muerte!

RICARDO. (*A Elena.*) ¡Silencio por Dios!

PRESIDENTE. Ciudadano, ¿tienes algo que responder á esta acusación?

CAMILO. Solo debo decir que no soy traidor á la República y que siempre la he servido fielmente.

PRESIDENTE. ¿Desempeñaste acaso con fidelidad la comisión que te se confió?

CAMILO. Hice las pesquisas que la ley previene, y no encontré persona alguna sospechosa.

PRESIDENTE. Es inútil que niegues. El tribunal tiene pruebas contra tí.

CAMILO. El tribunal no tiene pruebas. El tribunal me llama por una denuncia.

PRESIDENTE. Segun previene la ley, el autor de la denuncia puede sostenerla. Ciudadano Tiberio, la ley manda que hables. (*Este se levanta, y se advierte un murmullo de descontento entre los espectadores. El presidente toca la campanilla.*)

ELENA. (*A Ricardo.*) (Ese hombre es el que quiso atropellarme la noche que conocí á Camilo.)

RICARDO. (*A Elena.*) (¡Calla por Dios!)

TIBERIO. (*Mirando al pueblo.*) Nada me importan esos murmullos. Tambien se murmuraba del ciudadano Marat, y era, sin embargo, el primero de los ciudadanos. Él murió víctima de su cariño á la República, y yo tambien estoy dispuesto á morir si hay contra mí preparado algun puñal de aristócrata. Yo he denunciado al ciudadano Vandier, porque siendo Comisario nombrado por la junta de salud pública, faltaria á mi deber si no denunciara á los que creo enemigos de la República.

CAMILO. Tú eres el traidor. (*Murmullos. El presidente agita la campanilla.*)

TIBERIO. El tribunal lo decidirá. Yo iba á las órdenes del ciudadano Camilo para hacer las pesquisas en una casa sospechosa: él dispuso que me retirara; pero yo sabia que alli se ocultaba un enemigo de la República y traté de averiguarlo á viva fuerza. El ciudadano Camilo se valió de sus armas contra mí, y se opuso á que yo hiciera las pesquisas: en medio de la refriega se presentó una persona desconocida que le defendió, y consiguieron rendirme.

CAMILO. ¡Mientes, miserable: erais dos contra mí! (*Agitacion de Elena.*)

RICARDO. (*A Elena.*) (¡Calla!)

TIBERIO. Otro buen ciudadano me acompañaba; pero el servicio de la república lo exigia: yo no iba á batirme contigo, iba á prender á un criminal. (*Murmullos.*)

PRESIDENTE. Basta, ciudadano, has cumplido tu mision: si el tribunal cree que debes sostener por mas tiempo la acusacion, te permitirá que hables. El ciudadano fiscal leerá el artículo 2.º de la ley 22 de Pradial, que trata de los medios de defensa que se conceden á los patriotas.

FISCAL. (*Leyendo.*) «La ley no concede mas defensores á los patriotas calumniados, que la conciencia de los jueces.»

PRESIDENTE. Ya lo oyes, ciudadano, el Tribunal te condenará, si con arreglo á la ley cree en su conciencia que eres criminal. Sin embargo, hasta ahora has servido fielmente á la

república y el Tribunal te permite contestar á los cargos de que te ha denunciado y dilatará el juicio.

CAMILO. Nada tengo que contestar. Yo he cumplido con las órdenes que se me dieron: no encontré ningun enemigo de la República.

PRESIDENTE. A pesar de tu negativa, consta que un desconocido salió á tu defensa. ¿Su nombre?

ELENA. (¡Dios mio!)

RICARDO. (A *Ella.*) (¡Silencio!)

CAMILO. Lo ignoro.

PRESIDENTE. Tú debias saber quién era cuando acudió en tu auxilio.

CAMILO. Me defendió porque era un valiente, y no podia ver con paciencia un combate tan desigual.

PRESIDENTE. Existe todavía contra tí otro cargo que te hace mucho mas sospechoso. En los registros de la Municipalidad aparece haberse estendido un salvoconducto á tu nombre ¿Pensabas acaso salir de Francia? ¿Con qué objeto?....

CAMILO. Yo no pensaba salir de Paris.

PRESIDENTE. Si no necesitabas hacer uso del salvoconducto, seria algun otro el objeto para que se pidió. Tú no debes desconocerle, y es preciso que lo declares.

CAMILO. No puedo decir mas.

PRESIDENTE. Tu respuesta aumenta las sospechas que contra tí resultan. ¿Quién ha solicitado ese salvoconducto?

LINDET. (*Saliendo de entre la multitud.*) Yo, el ciudadano Municipal Teodoro Lindet; yo he sido el que lo ha solicitado, yo el que tomé el nombre de este ciudadano; si en esto hay algun crimen, yo solo soy el culpable. (*Aplausos en las tribunas.*)

CAMILO. ¡Cielos!

ELENA. (¡Oh qué generosidad!)

RICARDO. (¡Calla, hermana mia!)

PRESIDENTE. Ciudadano Lindet, tu declaracion favorece al acusado; pero no destruye las sospechas que contra él resultan.

LINDET. Mi declaracion destruye toda sospecha: yo soy el que ha pedido el salvoconducto, aunque haya abusado del nombre de mi amigo. Si son necesarias mas pruebas, el informe del presidente de la Municipalidad bastará. Declare él si yo pedí el salvoconducto, y si se me entregó. (*Murmillos.*)

TIBERIO. Insisto en mi denuncia.

LINDET. ¡Tú eres un vil calumniador!

TIBERIO. Pido que se respete la libertad del acusador. (*Murmullos.*)

PRESIDENTE. Ciudadano Lindet, aunque tú seas el que ha reclamado el salvoconducto, no sabemos el uso que de él se ha hecho. La declaracion vuelve contra tí mismo todas las sospechas.

CAMILO. Yo no puedo consentir.....

LINDET. Si yo soy ahora sospechoso, pido que quede el ciudadano Camilo absuelto, y desde ahora me coloco en el banco de los acusados. (*Camilo y Lindet se abrazan: repetidas voces y aplausos.*)

CAMILO. ¡No, querido Lindet; es imposible!

LINDET. (*A Camilo.*) (Sálvate tú para mirar por ellos.)

PRESIDENTE. Ciudadano acusado, ¿es cierto lo que declara el ciudadano Lindet?

CAMILO. No, no es cierto: el salvoconducto estaba estendido á mi nombre, y yo solo debo responder de él.

LINDET. Creedme, ciudadanos; yo lo pedí, y si hay culpa será mia. (*Las tribunas aplauden y se confunden las palabras de Camilo y de Lindet. El presidente logra imponer silencio.*)

CAMILO. No, no le creais.

PRESIDENTE. Ese acto de generosidad del ciudadano Lindet no aleja las sospechas que contra el ciudadano Vandier resultan..... muy al contrario, aqui hay un misterio que es preciso aclarar. Ciudadano Camilo, si un exceso de clemencia te ha obligado á librar del rigor de la ley á algun enemigo nuestro, los jueces, teniendo en cuenta tus antiguos servicios, te absolverán, siempre que indiques su paradero y lo entregues al momento al Tribunal revolucionario: solo asi puedes salvarte.

CAMILO. Es inútil la amenaza. No trateis de buscar un crimen donde no existe. ¿Es asi como emplea el tribunal revolucionario su severidad? ¿Da mas crédito á las palabras de un miserable que á las de un ciudadano que ha derramado su sangre en defensa de la patria? Si quereis combatir á nuestros enemigos, combatidlos en el campo de batalla, combatid á los que conspiran contra la nacion. La guillotina no me intimida: soy un soldado de la República; jamás seré delator. (*Aplausos.*)

ELENA. (¡Oh, se ha perdido!)

RICARDO. (*Desesperado.*) (Y por mi causa.)

LINDET. Os habeis empeñado en concluir con todos los bue-

nos patriotas y vais á conseguirlo. Pues bien: los buenos republicanos no se humillan: á los buenos patriotas no les asusta la guillotina: á los que tienen su conciencia tranquila no les espanta la muerte. La hemos visto muy de cerca para que ahora nos intimide. Llevadle cuando queráis. Vengan esos brazos y moriremos juntos. (*A Camilo.*)

CAMILO. ¡Querido Lindet! (*Abrazándose los dos.*)

ELENA. No: deteneos, son inocentes. (*Entusiasmo del pueblo. Elena se separa de su hermano. Momento de admiracion en el tribunal.*)

CAMILO. y LINDET. ¡Cielos!

RICARDO. ¡Somos perdidos!

ELENA. Habeis prometido salvarle si descubria la persona para quien se estendió ese salvoconducto. Pues bien: aqui la teneis, yo sola soy la culpable, ambos son inocentes: dejadlos al momento en libertad.

CAMILO. No la creais.

LINET. ¡La desgracia nos persigue!) (*Murmillos de descontento.*)

PRESIDENTE. Ciudadana, te has declarado culpable ante el tribunal. ¿Quién eres?

ELENA. Me llamo Elena D'Arnand: soy una muger noble, una aristócrata, como vosotros decís: yo exigí de este ciudadano un salvoconducto para salir de Francia, y él, compadecido de los peligros que corria, ha espuesto su vida por mi causa. Mi deber me llama ante el Tribunal: juzgadme si quereis.

RICARDO. ¡Dios mio!

CAMILO. ¡Elena, Elena! (*Momentos de confusion.*)

FISCAL. (*Leyendo.*) «Considerando que el ciudadano Camilo »Vandier ha rehusado dar oidos á las palabras de clemencia del Tribunal, que ha protegido á los enemigos de la »nacion, y que de la declaracion de la ciudadana Elena »D'Arnand puede resultar el descubrimiento de alguna cons- »piracion contra la seguridad de la República; yo, el ciu- »dadano Fouquier de Thiniville, fiscal del Tribunal revo- »lucionario, pido que la ciudadana Elena D'Arnand y el ciu- »dadano Lindet sean encerrados en las prisiones para ser »de nuevo interrogados; y que el ciudadano Camilo Vandier »sea condenado á muerte.» (*Murmillos del pueblo.*)

RICARDO. ¡Oh!

ELENA. ¡Ah, yo soy la causa de vuestra desgracia! (*Arrojándose al cuello de Camilo.*)

PRESIDENTE. El Tribunal revolucionario condena á muerte al ciudadano Camilo Vandier.

ELENA. No, no: sois unos tiranos. Matadme, matadme si quereis; pero salvadle al menos. Camilo es inocente. ¡Ah!
(*Cae desmayada en los brazos de los gendarmes que la sostienen.*)

CAMILO. ¡Elena, Elena!

PRESIDENTE. El ciudadano Vandier y la ciudadana Elena D'Arnand quedarán en la Conserjería. El ciudadano Teodoro Lindet será trasladado á las prisiones de San Lázaro.

LINDET. ¿No estais contentos con haberle sentenciado á muerte, sino que quereis separme de él? Terminad pronto vuestra obra, sentenciadme á mí tambien, y entonces no nos separaremos. (*Los gendarmes los separan.*)

CAMILO. No, amigo mio; ese seria un sacrificio inútil. La suerte lo ha querido. ¡Adios! (*Se abrazan.*)

LINDET. ¡Adios!

CAMILO. ¡Ah! (*Mirando á Elena, que sigue desmayada, antes de retirarse.*)

RICARDO. (*Aparte.*) ¡Dios mio, Dios mio! ¿De qué sirve que yo me declare tambien culpable? No; es preciso poner todos los medios para salvarlos, y despues de perder toda esperanza, venderé cara mi existencia. (*Vase desesperado.*)

FISCAL. Ya lo veis, ciudadanos: los enemigos de la República no duermen y consiguen introducir la discordia entre los buenos patriotas. El tribunal revolucionario tiene que ser cruel; pero en su severidad está nuestra salvacion.

TIBERIO. ¡Guerra á muerte á los enemigos de la república!
¡Mueran los aristócratas!

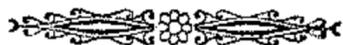
VOCES. ¡Mueran!

PRESIDENTE. ¡Viva la nacion: vivan los buenos ciudadanos!

TODOS. ¡Vivan! (*El pueblo abandona las tribunas: los jueces se levantan.—Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.



Prisiones en la Conserjería. Sala grande. A derecha é izquierda las prisiones. Puerta á la derecha en segundo término, que sirve de entrada general. Una mesa tosca, dos banquillos de madera, un farol colgado del techo.

ESCENA I.

ANTONIO *paseándose con los brazos cruzados.*

¡Triste vida es esta! ¡Siempre entre cadenas y llantos, siempre con el alma en un hilo! Despues de haber visto nacer la República, despues de educarla, todavía no soy mas que Gendarme, nada mas que Gendarme, mientras que otros son Representantes de la Convención en los ejércitos. Esta pícara suerte me ha favorecido muy poco. Verdad es que yo no he tenido estudios, solamente sabia cortar carne; y tan acostumbrado estaba á verme rodeado de sangre, que me ha costado muy poco trabajo ver con tranquilidad derramarla. Dígalo si no la jornada de setiembre: en aquella célebre noche me llamaban los individuos de mi seccion el héroe de la jornada. Verdad es que el ciudadano Tiberio tampoco se quedó corto. *(Se dirige á la puerta.)* ¿Qué es eso? ¡Hola! Aquí le tenemos. *(Tiberio atraviesa la escena y va á sentarse en el banco.)*

TIBERIO. Buenas noches.

ANTONIO. Buenas noches, ciudadano. Parece que no te duermes.

TIBERIO. No acostubro dormirme cuando estoy de servicio.

ANTONIO. Lo sé muy bien: eres muy activo.

TIBERIO. Y tú muy hablador.

ANTONIO. ¿Qué quieres que haga? Estoy solo: ese diablo de carcelero es hombre de pocas palabras, y se ha situado en la

sala inmediata: de modo que tengo necesidad de hablar, y ya que no otra cosa, hablo conmigo mismo.

TIBERIO. Haces bien. (*Se sienta á una mesa pensativo.*)

ANTONIO. ¿Qué diablos tienes? ¿Estás triste!

TIBERIO. Déjame en paz.

ANTONIO. Vamos, no te dejo. ¿Merezco yo que me trates con ese modo? ¿Qué diablos te pasa? Dímelo: ya sabes que puedes contar con mi amistad.

TIBERIO. Ya lo sé; aunque ignoro si esa amistad será siempre igual.

ANTONIO. ¿Y puedes dudarlo? ¿A quién sino á tí debo el puesto que ocupo? No es una gran cosa; pero poco ó mucho, tú me lo diste.

TIBERIO. ¿Estás descontento de tu suerte?

ANTONIO. ¡Descontento!.... ¿para qué he de mentir? Lo estoy, y mucho. Todos han medrado mas que yo. Ahí tienes al ciudadano Legendre, al ciudadano Collot D'Herbois y á otra infinidad de ellos que eran tanto como yo, y ahora.....

TIBERIO. No puedes compararte con ellos: esos son hombres de genio que han sabido hacer frente á los extranjeros; pero tú.....

ANTONIO. Es verdad que yo no sé mas que dar cuchilladas.

TIBERIO. Y no por eso dejas de valer; tú tienes ambicion, y puedes hacer suerte todavía.

ANTONIO. ¿Qué me dices?

TIBERIO. ¿Quieres ser Municipal? ¿Quieres tener el mismo destino que yo ocupo?

ANTONIO. ¿Pues no he de querer? Pero no trates de engañarme.

TIBERIO. (*Colérico.*) ¿Te he engañado alguna vez?

ANTONIO. No, no lo digo por eso; pero es una cosa tan alta el destino que me ofreces, que á la verdad dudaba.....

TIBERIO. Tendrás ese destino si sabes ganarlo. ¿Estás dispuesto á obedecerme en todo?

ANTONIO. Pero.....

TIBERIO. (*Con impaciencia.*) ¿En todo?

ANTONIO. Estoy dispuesto.

TIBERIO. En ese caso voy á decirte el servicio que de tí exijo. ¿Sabes ya quién está encerrado en esa prision?

ANTONIO. El ciudadano Camilo.

TIBERIO. Pues es preciso matarlo.

ANTONIO. (*Admirado.*) ¡Cómo!

TIBERIO. ¿Qué es eso? ¿Retrocedes? ¿Te falta valor?

ANTONIO. Jamás me ha faltado; pero es un ciudadano patriota.

TIBERIO. Lo fué. Camilo es un traidor que está condenado á muerte.

ANTONIO. Pero el tribunal, á ruegos de los individuos de su seccion, ha mandado suspender su sentencia.

TIBERIO. Esa no es cuenta tuya. Decídete (*Viendo que vacila.*) pronto; mi plaza de Municipal ó ser Gendarme.

ANTONIO. Prefiero lo primero.

TIBERIO. ¿Es decir que me obedecerás en todo?

ANTONIO. Dispon de mí como quieras.

TIBERIO. En ese caso venga la mano, y entremos en cuestion.

ANTONIO. Entremos.

TIBERIO. Ese hombre es traidor á la República y es preciso que muera. Los individuos de su seccion han pedido al Tribunal que revoque su sentencia: el Tribunal ha accedido mandando suspenderla; pero sus amigos los seccionarios quieren libertarle y es preciso impedirlo.

ANTONIO. Siempre con la misma manía. Te has propuesto concluir con ese hombre. Soy el primero que he figurado en todos los levantamientos de Paris: mi brazo ha sido de hierro; pero siempre lo he empleado contra los aristócratas.

TIBERIO. Ven acá, imbécil. ¿Y quieres (*Asiéndole del brazo.*) que ese hombre viva? ¿Quieres que triunfe y tú seas la primera víctima de su cólera? ¿Tú crees que olvidará fácilmente que me acompañabas á hacer las pesquisas y que desenvainaste tu sable contra él?

ANTONIO. Basta: tienes razon. Es lo único que me ha convencido. Habla, y dime de qué medio puedo valerme para despachar cuanto antes. Te advierto que jamás he hecho uso del puñal. Esa es una arma que siempre he odiado.

TIBERIO. No sirve esa arma.

ANTONIO. Dí lo que te parezca, menos puñal, esa es arma de asesinos, y supongo que no es un asesinato lo que yo voy á hacer, sino un servicio á la República.

TIBERIO. Le dispararás un tiro á quemarropa: al ruido acudiré yo con algunos individuos de la guardia; tú dirás que quiso huir, y tuviste precision de hacer uso de las armas.

ANTONIO. Pero ese medio.....

TIBERIO. ¿Has mudado de opinion?

ANTONIO. ¿Y si se descubriera?

TIBERIO. ¿Quién quieres que te denuncie? Los muertos no hablan.

ANTONIO. Sí; pero mi conciencia.....

TIBERIO. Si tienes conciencia, renuncia desde luego á tu plaza de Municipal y deja de ser Gendarme.

ANTONIO. ¿Y no habria otro medio?

TIBERIO. Ninguno. Decídete ó márchate.

ANTONIO. Bien: te obedeceré; pero ese carcelero que está en la sala inmediata puede ser testigo.....

TIBERIO. ¡Otro escrúpulo! Separaremos de ahí al carcelero.

ANTONIO. Puedes llevártelo de aquí.

TIBERIO. Eso no es posible; pero inventaremos en su lugar otro medio mas ingenioso.

ANTONIO. Ya te escucho.

TIBERIO. Voy á hacerte servir una opípara cena, á la cual convidarás al carcelero, le emborrachas, y luego que esté en buen estado puedes concluir tu comision.

ANTONIO. Acepto: veo que eres un hombre de mucho talento, y para esos casos te pintas solo. Contra nuestros enemigos siempre estoy dispuesto; jamás retrocedo.

TIBERIO. Cuenta con tu plaza de Municipal: vamos á disponer la cena.

ANTONIO. Vamos. (*Vanse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

RICARDO, *disfrazado de carcelero con una gran barba y gorro republicano.*

Ya se van. (*Observando á los que salen.*) «Entra en esa sala, me ha dicho, para cuidar de los presos.» ¿Dónde estarán, Dios mio? Todas estas prisiones estan cerradas. El alcaide me dijo que le esperase aqui y me prometió que los veria. ¡Pobre hermana mia, espuesta tambien su vida por mi causa!

ESCENA III.

RICARDO, *el ALCAIDE.*

ALCAIDE. Aqui me tienes, ciudadano.

RICARDO. ¿Estás dispuesto á cumplir lo que me has ofrecido?

ALCAIDE. Te ofrecí que los verias, y lo cumpliré: te acerca-

rás á la prision, porque esta no es hora de sacar á los presos.

RICARDO. Entendámonos, amigo: tú me has prometido que los veria. Vengan las llaves de su prision y déjate de obstáculos.

ALCAIDE. ¿Tú quieres que comprometa yo mi destino por complacerte? ¡Eso no es posible! Los verás delante de mí, y luego puedes retirarte.

RICARDO. ¿Y te atreves á hacerme semejante propuesta?

ALCAIDE. Mejor es eso que nada. Tú me buscastes para que te proporcionara entrar en las prisiones y te ofrecí que verias al ciudadano Camilo y á esa otra jóven aristócrata: los verás: no puedes exigir mas de mí.

RICARDO. Veo que no nos entendemos.

ALCAIDE. Creo que no es muy fácil.

RICARDO. Pues yo estoy resuelto á no salir de aqui hasta haber pasado una hora en compañía de mis amigos.

ALCAIDE. Pues mira cómo ha de ser, porque yo no doy las llaves.

RICARDO. Quiere decir que no me voy de aqui hasta que hayas cumplido tu palabra.

ALCAIDE. No será fácil que permanezcas aqui mucho tiempo, porque daria parte al Municipal que está de guardia, y pronto irias á ocupar una de esas prisiones.

RICARDO. Bien: iríamos juntos: yo pediria que te encerrasen en la misma prision porque te he sobornado, te he dado cinco mil francos por entrar aqui. Con que mira bien lo que haces.

ALCAIDE. ¿Quieres perderme?

RICARDO. Tú eres el que pretendes perderme á mí; pero ya que te empeñas, nos perderemos juntos.

ALCAIDE. Te devolveré tus cinco mil francos; pero no quiero morir en la guillotina.

RICARDO. Ni quiero que me devuelvas el oro que te he dado, porque no lo admitiria, ni quiero tampoco que mueras en la guillotina. No seas testarudo, y vente á razones.

ALCAIDE. No; es imposible.

RICARDO. ¿Tú te figuras que me importa á mí gran cosa la vida? Te equivocas: estoy resuelto á abrazarlos, y no saldré de aqui hasta haberlo conseguido. Si te empeñas en que no los vea, me cruzaré de brazos y reclamaré á cualquiera que venga el derecho que he comprado.

ALCAIDE. ¡Calla, calla! Bien, los verás el tiempo que quieras.

RICARDO. Yo no trato de comprometerte ; dame las llaves , y fia en mí. El Municipal y el Gendarme , á quienes he visto antes , me han tratado como uno de los carceleros que está á sus órdenes. Asi, pues, no debemos temer por esta parte.

ALCAIDE. Toma las llaves de todas estas prisiones: ahí tienes al ciudadano Camilo: (*Señalando la primera puerta de la izquierda.*) la ciudadana aristócrata está en las prisiones del lado izquierdo del edificio.

RICARDO. Está bien : puedes retirarte. Hablaré primero con Camilo para no llamar tanto la atencion ; y, cuando yo dé una palmada vendrás á buscarme, y traerás aquí á esa ciudadana.

ALCAIDE. ¿Y si estuviese aquí el ciudadano Gendarme?

RICARDO. Entonces nos retiraremos de esta sala. Confia en mí, y algun dia tendrás la recompensa.

ALCAIDE. (*Al irse.*) Si no nos guillotinan mañana. Puedes avisar cuando quieras.

ESCENA IV.

RICARDO.

Gracias, Dios mio; yo te doy gracias: ya he vencido el primer obstáculo que se presentaba ; ya tengo la llave de su prision. El gendarme que está de servicio se ha retirado: todo favorece mis proyectos. Pero ¿cuál será la llave? (*Coge las llaves, se dirige á la prision de Camilo, y las va probando.*) ¿Esta?.... Esta otra..... tampoco..... A ver si.....

ESCENA V.

Dicho y ANTONIO que trae una cesta con viandas.

ANTONIO. ¿Qué haces, ciudadano?

RICARDO. Nada: (*Volviéndose.*) iba á ver si se le ocurre algo á este preso; creo que ha llamado.

ANTONIO. Déjalo que llame: si fueras á hacer caso de todos... Aquí traigo una opípara cena, que quiero que consumamos los dos alegremente , ya que nos ha tocado estar hoy juntos de guardia.

RICARDO. No acostumbro á tomar nada.

ANTONIO. ¡Qué disparate! (*Va poniendo la mesa.*) No lo ha-

gas por cortedad. Aquí tienes cuatro botellas de vino del Rhin, y verás qué pronto desaparecen.

RICARDO. (Va á destruir todos mis proyectos. Admitiré para alejar toda sospecha.) Una vez que te empeñas, vamos allá. *(Al tiempo de sentarse le suenan las llaves que lleva á la cintura.)*

ANTONIO. Vamos. (Tiene consigo las llaves: perfectamente.) *(Se sientan.)* Ya que la junta de seguridad general nos echa todos los dias algunas ovejas que guardar, bueno será que miremos por nosotros mismos y cuidemos de nuestro estómago.

RICARDO. Tienes razon.

ANTONIO. Vaya un vaso de este hermoso vino, y brindemos.

RICARDO. Brindemos.

ANTONIO. Á la salud de la República. *(Bebe.)* ¡Buen vino! Mucho tiempo hacia que no lo habia probado: desde la noche de la jornada de setiembre.

RICARDO. ¡Cielos!

ANTONIO. ¿Y tú tomaste parte en aquella jornada?

RICARDO. No.

ANTONIO. Pues ¿qué diablos eras?

RICARDO. Lo mismo que ahora.

ANTONIO. Pues has adelantado bien poco. Vamos, otro vaso. *(Lo llena.)*

RICARDO. (Si pudiera hacerle beber bastante y emborracharlo.....) Vamos otro.

ANTONIO. (Pronto va á quedar fuera de combate: este vino es muy fuerte.) ¡Arriba!

RICARDO. ¡Arriba! *(Bebe muy poco, y arroja el resto por la espalda.)*

ANTONIO. ¡Perfectamente! Creí que no me acompañabas; pero veo que eres un gran bebedor.

RICARDO. ¿Y por qué no?

ANTONIO. Pues, amigo, la jornada de setiembre es una de mis mas célebres campañas. No hay dia que no la nombre dos ó tres veces: ¡buen castigo llevaron los aristócratas aquella noche!

RICARDO. ¿Y qué diablos sacaste de aquella jornada?

ANTONIO. ¿Te parece poco haber limpiado á París de tantos bribones?

RICARDO. ¡Dios mio! Disimulemos.) Pero ¿robariais mucho?

ANTONIO. ¿Qué es eso de robar? El dinero que se recogia se

iba entregando inmediatamente á la Municipalidad; nadie robó un solo franco.

RICARDO. Obrasteis con mucho desprendimiento.

ANTONIO. En casa de un republicano hay regularmente mas honradez que en los palacios. Yo iba delante de todos; pero si hubiera visto á alguno de mis compañeros que se apropiaba algo de lo que no le pertenecia, le hubiera despachado para el otro mundo, porque entre los buenos servidores de la República no debe haber un solo ladron.

RICARDO. No todos serán de tu misma opinion.

ANTONIO. No soy yo solo: en mi seccion todos piensan lo mismo: asi es que ninguno se ha enriquecido. (*Echa vino.*) Pero vaya otro trago. (¡Qué diablos! Me gusta tanto este vino, que me da lástima que él se lo beba solo.) Vamos, brinda tú ahora.

RICARDO. A la salud de todos nuestros compatriotas.

ANTONIO. No, no, espera: á la salud de todos no puede ser, porque los hay muy bribones, y yo no puedo.....

RICARDO. Quiere decir que no brindo por los bribones. Arriba. (*Bebe un poco y arroja lo demas.*)

ANTONIO. Vamos. ¡Qué calorcillo da este vino!

RICARDO. ¡Es escelente!

ANTONIO. Con que íbamos diciendo.....

RICARDO. Brindamos por nuestros compatriotas.

ANTONIO. ¡Es verdad; yo no queria brindar por los bribones, por los insurreccionados de la Vendée, por los realistas!

RICARDO. Haces bien.

ANTONIO. Yo lo creo: ellos son ahora causa de todas las desgracias de la Francia.

RICARDO. ¿Y qué se dice por Paris?

ANTONIO. Me parece que tendremos muy pronto jarana. Robespierre quiere acabar con todos los traidores, y todos los ciudadanos no son de la misma opinion. El general Henriot está á la cabeza del pueblo armado, y no hay remedio, el divino Robespierre tiunfará.

RICARDO. ¿Y continuará maniobrando la guillotina?

ANTONIO. Vaya si continuará: mañana á las once estará dispuesta la carreta; pero extraño mucho que me hagas esta pregunta, porque debias estar tan bien informado como yo.

RICARDO. Soy nuevo en estas prisiones: estaba empleado en las de San Lázaro, y ayer he venido.

ANTONIO. Eso es otra cosa. Ya sabes que aquella es la puerta para ir á la plaza de la Revolucion. El que sale una vez por

esa puerta no vuelve á entrar. Tambien conozco las prisiones de San Lázaro y las del Temple, donde estuvo María Antonieta. A propósito de María, de esa pobre ex-reina: brindemos por que el Ser supremo la haya perdonado todos sus crímenes.

RICARDO. (*Colérico.*) ¡No, no!

ANTONIO. ¿Qué es eso ciudadano? ¿Qué te ha dado?

RICARDO. (*Disimulemos.*) Nada; la verdad, no me gusta recordar á los muertos, y por eso sentia que hablaras de la reina.

ANTONIO. De la ex-reina, querrás decir.

RICARDO. (*Turbado.*) Sí, eso mismo.

ANTONIO. Arriba con ese otro vaso. ¡Bien! Riquísimo, esta cabeza se va encandilando. (*Se advierten en él señales de embriaguez.*) ¡Qué hermoso es el vino! Bien hizo el ciudadano Noé en emborracharse; yo tambien hubiera hecho lo mismo: luego despues, de estos banquetes se cuentan pocos. (*Ricardo con la mano en la mejilla está pensativo.*) ¡Ja, ja, ja! (*Mirando á Ricardo.*) ¡Hola! Parece que el Rhin va haciendo su efecto: ya está medio dormido. Otro vasito mas, y es hombre al agua.) Compañero, vamos á dejar vacías estas botellas. ¡Viva la república, viva la nacion!

RICARDO. Concluyamos de una vez. (*Vacia la botella en el vaso. Antonio hace lo mismo.*)

ANTONIO. Concluyamos. ¡Vivan los buenos camaradas! Venga esa mano, ciudadano. (*Ricardo habrá bebido, pero arrojando como antes el vino.*) Tenemos que ser muy amigos. Vaya, te puedes ir á dormir y yo me quedaré aqui. ¡Ja, ja, ja! Vete á dormir, que bien lo necesitas.

RICARDO. Yo no duermo. (*A ver si logro que se vaya.*)

ANTONIO. (*En cuanto se marche despacho mi comision.*) (*Echa mano á la pistola que lleva en la cintura.*) Con que vamos á dormir.

RICARDO. Ya te he dicho que me quedo.

ANTONIO. Pues yo tambien me quedaré. (*Se tambalea de pié y se sienta.*) ¡Qué lástima que se nos haya acabado el Rhin! (*Pues este hombre no piensa en marcharse.*)

RICARDO. (¿Qué haria yo para que se alejara?)

ANTONIO. (*Beodo.*) ¡Qué diablo! Camarada, los buenos patriotas no deben tener secretos entre sí. ¡Viva la república, mueran los traidores! Yo seré Municipal, y caiga el que caiga.

RICARDO. (¿Qué está diciendo?)

ANTONIO. Ya veo que el vino nos ha puesto iguales: con que ayúdame, y también tendrás tu recompensa. Se trata de matar á un traidor. (*Se sienta.*)

RICARDO. ¿A quién?

ANTONIO. A ese ciudadano que está en esa prision.

RICARDO. ¿A Camilo?

ANTONIO. Al mismo.

RICARDO. Eso no puede ser.

ANTONIO. ¿Cómo que no? Con una de estas. (*Señala las pistolas.*)

RICARDO. Pero dime.....

ANTONIO. Si quieres ayudarme.....

RICARDO. Jamás. ¿Pero quién te ha mandado?.....

ANTONIO. Eso te importa poco. Ayúdame tú..... yo seré Municipal y tú serás otra cosa.

RICARDO. ¿No quieres explicarme?.....

ANTONIO. Tú dirás que queria huir y yo le disparé.

RICARDO. (¡Oh, qué horrible trama!) Si no me dices el nombre del que te ha ofrecido hacerte Municipal, no cuentas conmigo para nada.

ANTONIO. El ciudadano Tiberio.

RICARDO. (¡Siempre ese hombre!)

ANTONIO. Con que, vamos: abre la prision y al momento.

RICARDO. (Si yo pudiera.....) (*Mirando al rededor.*)

ANTONIO. Abre pronto.

RICARDO. No, todavía no; siéntate y yo te diré cuál es la mejor hora: descansa un poco, yo te avisaré.

ANTONIO. ¿Con que es decir que estás conforme en ayudarme?

RICARDO. Sí, estoy conforme.

ANTONIO. Bien: ¡vivan los buenos ciudadanos! (*Recuesta los brazos y cabeza en la mesa: Ricardo le observa con atencion.*)

RICARDO. ¡Dios mio! Le habeis libertado de otro nuevo peligro. ¿Pero que haré? Llamaré al alcaide, podríamos llevarle á otra sala ó al cuerpo de guardia..... Su estado de embriaguez no le permite hacer resistencia. Es preciso aventurarlo todo. (*Se dirige á la prision de Camilo y prueba á abrir volviendo la cabeza.*) ¡Ah! Ya está. Salid, salid pronto.

ESCENA VII.

Dichos y CAMILO.

CAMILO. ¡Cómo! ¿Tú aquí, ciudadano?

RICARDO. ¡Silencio!

CAMILO. ¿Estás también preso?

RICARDO. Al contrario; estoy en libertad.

CAMILO. Pero.....

RICARDO. Nada me preguntéis: es preciso separar de aquí á ese hombre.

CAMILO. ¿Pero quién es?

RICARDO. Silencio: no me preguntéis nada: vamos á desarmarle. Ayudadme á alejarle de aquí antes que despierte; tomad este puñal (*Le da el que lleva á la cintura debajo del capoton.*) y al primer movimiento que haga que pueda comprometernos.... Vamos á encerrarle en vuestra prision. (*Se acercan á él, le quitan las armas, cogen la silla y entre los dos le conducen á la prision: Ricardo cierra y se cuelga las llaves á la cintura.*)

CAMILO. Amigo mio, ¿qué significa?....

RICARDO. Esto significa que podeis huir ahora mismo, que podeis abandonar estos tristes lugares.

CAMILO. ¿Y Elena? ¿Y tu hermana?

RICARDO. Elena está también encerrada en la Conserjería y espero salvarla. Mirad por vos ahora. Os difrazareis con este capoton, y podreis atravesar por el cuerpo de guardia sin que nadie sospeche.

CAMILO. ¿Pero como has podido penetrar hasta aquí?

RICARDO. Supe vuestra desgracia, y mi deber, mi corazon no me permitian dejaros en semejante peligro: volví al lado de mi desgraciada hermana, abandonamos la casa de mi fiel Tomy, donde podríamos ser descubiertos, y Lindet, vuestro generoso amigo, nos dió asilo en la suya.

CAMILO. ¡Pobre Lindet! Pero decidme, ¿quién llevó á Elena al Tribunal revolucionario?

RICARDO. Elena queria saber la sentencia del Tribunal y oculta conmigo entre la multitud estuvo oyendo el interrogatorio. Engañada por la falsa promesa del Presidente, que os ofrecia la libertad si descubriais al criminal, se presentó á los jueces y se denunció como culpable. Yo me hubiera

presentado tambien; pero tenia esperanza de salvaros, y comprometia inútilmente mi vida.

CAMILO. ¿Y mi querido Lindet?

RICARDO. En las prisiones de San Lázaro. Su vida no corre peligro: la vuestra sí, no solo os amenaza la guillotina, sino el puñal de un asesino.

CAMILO. ¿Qué dices?

RICARDO. Ese Gendarme que estaba aqui de servicio era el encargado de asesinaros. El hombre que os ha denunciado no deja de perseguiros un solo momento. Entre los vapores del vino me pidió que le ayudara: queria luego alejarme de aqui, y creyéndome por último un carcelero me confió su proyecto: su cabeza no pudo resistir mucho tiempo, y el cielo nos ha libertado de ese nuevo peligro.

CAMILO. ¿Y quieres que huya cuando puedo dejarte comprometido? No, no lo esperes: cualquiera que sea mi suerte, aguardo tranquilo la decision del Tribunal.

RICARDO. No rechaceis mi oferta; tomad este capoton, envolveos en él y huid de aqui, no perdais un solo momento.

CAMILO. No lo conseguirás de mí. Salva primero á Elena, huid de Francia, y si el cielo quiere que muera, moriré; la vida me es ya insoportable.

RICARDO. Por última vez, Camilo.....

CAMILO. Son inútiles tus súplicas..... Yo no abandonaré la Conserjería, hasta que los tres salgamos á un mismo tiempo. Entonces iremos á las prisiones de San Lázaro, y haremos tambien algo por el pobre Lindet. (*Se oye ruido de cajas que se aproxima.*) ¿No oís?

RICARDO. Las cajas tocan llamada. ¿Si correremos algun nuevo peligro? Se acerca mas el ruido..... si pudiéramos averiguar.....

ESCENA VIII.

Dichos, el ALCAIDE.

ALCAIDE. Ciudadano, ya puedes despacharte. Vuelve á encerrar al prisionero en su prision y prepárate á salir de la Conserjería.

RICARDO. ¿Qué dices?

ALCAIDE. Las secciones armadas corren contra la Convencion, y piden la libertad de Robespierre que ha sido preso. Se

redoblará la vigilancia en las prisiones, y si te encontrasen aquí me perderías.

RICARDO. Descuida, amigo: no te comprometerás. Conduceme á la prision de esa ciudadana. Vos esperadme aquí. (*Vase el alcaide.*) Voy á saber el origen de ese tumulto, y observaré tambien si podemos encontrar algun entorpecimiento en la salida.

CAMILO. Aquí te espero. (*Vase Ricardo.*)

ESCENA IX.

CAMILO.

Un republicano condenado á muerte, perseguido por los mismos hombres que combatieron con él por la libertad y sin mas apoyo que el de aquellos á quienes juzgaba enemigos. ¡Ricardo! Sí, ese jóven, á quien como noble aborrecia y que ha preferido esponer cien veces su vida antes que dejarme abandonado.....

ESCENA X.

CAMILO, ELENA.

ELENA. ¡Camilo!

CAMILO. (*Abrazándola.*) ¡Elena mia! ¿Es cierto que te vuelvo á ver? ¿Tendremos todavía esperanza de un porvenir mas risueño?

ELENA. Sí, Camilo: el cielo se ha compadecido sin duda de nuestras desgracias. Ya que al ofrecerte mi cariño fuí tambien causa de tus desventuras, confío al menos en que estas terminarán de una vez.

CAMILO. Quizás nos esté reservada la felicidad. Yo no me quejo de mis sufrimientos, porque sin ellos, Elena mia, no te hubiera vuelto á ver, no te estrecharia ahora entre mis brazos.

ELENA. Esas palabras me dan nueva vida. Tal vez no te agrade lo que voy á decirte; pero al verme sola, al pensar en tu prision, me decia á mí misma: «Camilo me maldecirá sin duda porque le he robado el aprecio de sus amigos.»

CAMILO. No, Elena, no: lejos de maldecirte, recordaba con entusiasmo la noche en que te conocí: sentia mi desgracia,

porque no podía remediar las tuyas; me veía privado de mi libertad y no podía estar á tu lado.

ELENA. Yo no te olvidaba un solo instante: cualquier ruido, el menor movimiento que se advertía en estas prisiones, me parecía la señal de tu muerte. Preguntaba por tí, y nadie me respondía. Si es que va á morir, gritaba yo á mis carceleros, dejadme, dejadme y moriré con él.

CAMILO. ¡Ah! ¿Por qué has espuesto inútilmente tu vida?

ELENA. ¿Y Lindet, tu buen amigo?

CAMILO. Lindet está encerrado en las prisiones de San Lázaro; pero mi primer cuidado al salir de la Conserjería será pensar en su libertad, y no perdonar medio ni fatiga hasta conseguirlo. (*Se oye el ruido lejano de cajas y algunos tiros.*)

ELENA. ¡Cielos!

CAMILO. ¡Dios mio! ¡Otro nuevo peligro!

ELENA. El ruido se aumenta.....

CAMILO. ¿Qué puede ser? (*Se oye una descarga.*)

ELENA. ¡Ah!

CAMILO. No temas, Elena: yo no me separaré de tí.

ELENA. ¿Y mi hermano?.... Mi hermano.....

CAMILO. Tu hermano volverá sin duda.

ELENA. No, no; tal vez habrá muerto.

ESCENA XI.

Dichos y RICARDO.

ELENA. ¡Ay, hermano mio! (*Arrojándose en sus brazos.*)

CAMILO. Hablad, hablad: ¿qué sucede?

RICARDO. Las secciones armadas han libertado á Robespierre. Henriot se ha puesto á la cabeza de los mas furiosos, y ha sitiado á la Convencion: algunos Gendarmes y varios batallones los defienden. Es preciso aprovecharnos de la confusion. (*Se oye otra descarga.*)

ELENA. ¡Ah!

RICARDO. Nada temas, hermana mia. Es preciso que llames al alcaide y le hagas venir aqui: tal vez consigamos que nos indique alguna puerta secreta para no pasar por el cuerpo de guardia.

ELENA. Voy al momento. (*Vase.*)

ESCENA XII.

RICARDO; CAMILO.

RICARDO. Deseaba que estuviésemos solos: quiero que ignore mi hermana el peligro que nos amenaza.

CAMILO. Habla.

RICARDO. Las prisiones del Cármen y de la Fuerza han sido atacadas por los revoltosos. «A la Conserjería;» gritaban algunos, y ya conoceis si debemos temer mandando la guardia de esta prision el ciudadano Tiberio, ese hombre que os aborrece. Solo queda un medio: tomad este disfraz, cubriós bien con él, y salid al momento, huid de aqui.

CAMILO. Ya te he dicho, ciudadano, que no podia admitir semejante oferta. Huye tú, y salva á tu hermana.

RICARDO. No, yo no os abandonaré.

CAMILO. Sí, yo te lo suplico.

RICARDO. Pues bien: nos defenderemos hasta morir. (*Se oye el sonido lejano de una campana que toca á rebato.*)

CAMILO. La campana de la Municipalidad que llama á las armas á todos los ciudadanos. Ya lo oyes; (*Una descarga.*) no hay mas que muerte y destruccion.

RICARDO. Sí, la muerte; pero antes venderemos á buen precio nuestra vida. Salvemos la distancia que nos separa. Olvidemos nuestras opiniones que son la causa de nuestros males: no es el noble, ni el republicano, los que se encuentran frente á frente. Son dos compatriotas, dos hermanos que se abrazan para morir juntos. (*Se abrazan.*)

CAMILO. Sí, moriremos juntos. (*Se oyen gritos y voces de «muera.»*) Ya lo oyes, la muerte se acerca.

RICARDO. Tomad vos el sable de ese Gendarme: yo llevo conmigo mi espada. Fuera este disfraz: (*Lo arroja.*) que sepan esos infames á quién asesinan. Vengan ahora si quieren.

ESCENA XIII.

Dichos, TIBERIO con el sable en la mano á la cabeza de un grupo de descamisados con picas y hachones.

TIBERIO. Vamos, mis valientes. Mueran hoy todos los sospechosos, y asi salvaremos á la República.

TODOS. ¡Mueran! (*La multitud se desbanda por las prisiones, y solo quedan con Tiberio cuatro ó cinco: al mismo tiempo se oyen en la puerta del foro golpes de hacha. Tiberio se dirige á la prision de Camilo, y al ver á este y á Ricardo retrocede.*)

TIBERIO. ¡Cielos! ¿Qué haceis ahí? ¿Qué esperais?

CAMILO. Esperamos que tú y los que te siguen vengan á asesinarnos.

TIBERIO. Otra vez os encuentro juntos. ¿Confiais en que vengan á salvaros vuestros amigos, los que en este momento pretenden asaltar la Conserjería? Esperais en vano: estan muy cerca de vosotros; los separa únicamente aquella puerta; pero antes de que consigan pasar por ella ya habreis muerto.

CAMILO. Bien, acércate. (*La confusion se aumenta: la campana cesa por momentos y vuelve otra vez á oirse. Tiberio se bate con Ricardo, Camilo con otro de los que le acompañan; pero los demas cargan tambien, y viéndose Camilo y Ricardo acosados por número excesivo, van retrocediendo durante el siguiente diálogo.*)

RICARDO. ¡Cobardes! Poca confianza teneis en vuestras fuerzas.

CAMILO. ¿Quereis nuestra vida? Cara os costará

RICARDO. Ánimo, amigo mio. No desmayeis. (*A Camilo, que retrocede.*)

CAMILO. No, me sobra valor. (*Se redoblan los golpes de la puerta del foro.*)

ESCENA XIV.

Dichos y ELENA.

ELENA. ¡Ah, hermano mio! ¡Camilo! No le mateis. ¡Salvadlos, (*Cae de rodillas.*) Dios mio, salvadlos.) (*Tiberio recibe una estocada en el corazon.*)

TIBERIO. ¡Ah! (*Cayendo en tierra.*)

(*En este momento cae la puerta del foro hecha astillas, y entra Lindet en hombros de los individuos de su seccion con hachones encendidos: una banda de música que se supone ser de uno de los batallones de las secciones armadas toca la Marsellesa. Los que acompañaban á Tiberio retroceden y Lindet se adelanta.*)

CAMILO. ¡Mi querido amigo!

ELENA. ¡Nuestro salvador!

LINDET. No, á mí no: á los individuos de nuestra seccion, á estos valientes que me han libertado de las prisiones de San Lázaro, y que me han nombrado su gefe. (*Todos rodean y abrazan á Camilo.*) Vosotros, mis queridos (*A Ricardo y Elena.*) amigos, vivid tranquilos en Francia. Vuestras opiniones serán respetadas: solamente en el caso de conspirar contra la República sereis castigados.

RICARDO. Jamás defenderé un gobierno contrario á mis ideas; pero tampoco conspiraré contra los que me han dado la vida.

LINDET. ¿Quién es ese hombre? (*Viendo muerto á Tiberio.*)

CAMILO. El que ha causado todos nuestros males, el que nos ha perseguido.

LINDET. ¿El ciudadano Tiberio?

CAMILO. Uno de sus cómplices está encerrado en esa prision: dejémosle en libertad..... Ambos querian asesinarme. (*A Ricardo.*) Nos abrazamos para morir juntos: abracémonos ahora para vivir, y sirva de sello á nuestra reconciliacion la mano de tu hermana.

RICARDO. Sí, yo os la doy: nadie como vos puede hacerla feliz.

ELENA y RICARDO. ¡Ah! (*Se abrazan.*)

LINDET. Querido Camilo, hemos conseguido nuestra libertad; pero si he de decirte lo que siento, el triunfo de Termidor ha de ser la muerte de la República. Robespierre está herido, y en este momento lo llevan á la Convencion.

CAMILO. Respetemos su memoria: era un buen ciudadano, y los infames que le rodeaban le han hecho odioso, le han perdido. Yo jamás retrocederé, siempre seré jacobino, verdadero republicano.

LINDET. Sí, jacobino y generoso con los vencidos. Abrid esas prisiones al grito de la *Marsellesa*, y celebremos nuestra victoria dando á todos la libertad. ¡Viva la república!

TODOS. ¡Vival! (*Se desbandan los seccionistas para abrir las prisiones y la banda vuelve á tocar la Marsellesa.*)

CAMILO. (*A Ricardo.*) Ya lo ves, amigo mio: las opiniones políticas separan á los hombres, los dividen, y unos á otros se asesinan sin piedad. En todos los partidos hay hombres de nobles sentimientos. Ya ves que el republicano tiene tambien su nobleza, y vale mas que la nobleza de la sangre, la del corazon.



Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de esta Corte, y con especialidad en el Teatro Español.

**DRAMAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.**

Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes ó el Bandido generoso.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

**COMEDIAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.**

Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero (de magia).
La nueva Pata de Cabra (Id.)
A quien Dios no le dá hijos....
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.

Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS:

Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tío?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tío Zaratan.
Los tres ramilletes.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues, *segunda parte del Corazon de un bandido.*
No mas secreto.

Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turrón de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

**ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS
A GRANDE ORQUESTA.**

El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegiales y Soldados.
Tramoya.
Palo de ciego.
Misterios de bastidores.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura completa del Duende para piano y canto.
Cancion de la Jardinera, de id.
La cancion del Duende, id. id.
Polka burlesca, id. id.

OBRAS.

En los mismos puntos se hallan de venta.

Avecilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Avecilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Aplicacion práctica del Código Penal.
Corzo. Código penal reformado. Ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

TOMANDO LA COLECCION COMPLETA **50** POR **100** DE REBAJA.

En Madrid en las librerías de Rios, calle de Carretas;
Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo,
y Publicidad, calle del Correo.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . . D. Francisco Barr. Medina.
Albacete. . . . Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . . Felix Moreno.
Alcoy. . . . José Martí y Roig.
Algeciras. . . . Manuel Contilló.
Alicante. . . . Pedro Ibarra.
Almaden. . . . Felix Quiroga.
Almería. . . . Sres. Vergara y compañía.
Andujar. . . . Domingo Caracuel.
Antequera. . . . Salvador Gonzalez Herrero.
Aranjuez. . . . Gabriel Sainz.
Avila. . . . Manuel Benito.
Avilés. . . . Ignacio García.
Badajoz. . . . Sra. Viuda de Carrillo.
Baeza. . . . Manuel Alambra.
Barcelona . . . Juan Oliveres.
Idem. . . . José Piferrer y Depaus.
Benavente. . . . Pedro Hidalgo Blanco.
Berja. . . . Nicolas del Moral.
Bilbao. . . . Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . . Sergio Villanueva.
Cáceres. . . . José Valiente.
Cádiz. . . . Severiano Moraleda.
Calatayud. . . . Bernardino Azpeitia.
Carmona. . . . José Moreno.
Cartagena. . . . Vicente Benedicto.
Castellon. . . . Remigio Moles.
Cervera. . . . Joaquin Gasset.
Chiclana. . . . Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real. . . . Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig. . . . Salomé Perez.
Córdoba Juan Manté.
Coruña. . . . Juan José Siscká.
Cuenca. . . . Pedro Mariana.
Écija. . . . Ciriaco Jimenez.
Figueras. . . . Jaime Bosch.
Gerona. . . . Narcisa Grasses.
Granada. . . . José María de Zamora.
Guadalajara . . . Miguel Perez.
Guardamar. . . . Sres. García y Muñoz.
Habana. . . . Antonio Charlain.
Huelva. . . . Ramon Rodriguez.
Huesca. . . . Bartolome Martinez.
Igualada. . . . Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . . José Sagrista.
J. la Frontra. . . . José Bueno.
Leon. . . . Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . . Camilo Boix.

Logroño. . . . D. Domingo Ruiz.
Loja. . . . Juan Cano.
Lorca. . . . Francisco Delgado.
Lugo. . . . Manuel Pujol y Masia.
Málaga. . . . Francisco de Moya.
Manila. . . . Felipe La-Corte.
Manresa. . . . Manuel Sala.
Murcia. . . . Antonio Molina.
Orense. . . . Manuel Gomez Novoa.
Oviedo. . . . Rafael C. Fernandez.
Palencia. . . . Gerónimo Camazon.
Palma. . . . Juan Guasp.
Pamplona. . . . Teodoro de Ochoa.
Plasencia. . . . Isidro Pis.
Pontevedra. . . . Juan Varea y Varela.
Priego. . . . Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María. . . . José Valderrama.
Requena. . . . Juan E. Perez Arcas.
Reus. . . . Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . . . Marcos Fernandez Lopez.
Ronda. . . . Moreti y Gutierrez.
Salamanca. . . . Telesforo Oliva.
S. Fernando. . . . José Tellez de Menses.
San Lucar. . . . José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf. . . . Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian. . . . Sres. Domercg y Sobrino.
Santander. . . . Hilario Mendoza.
Santiago. . . . Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . . Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . . Carlos Santigosa.
Idem. . . . Juan Antonio Fé.
Soria. . . . Francisco Perez Rioja.
Talavera. . . . Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. . . . Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . . Vicente Castillo.
Toledo. . . . José Hernandez.
Toro. . . . Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba. . . . Meliton Franc. de Revenga.
Tuy. . . . Francisco Martinez Gonzalez.
Valencia. . . . Francisco Mateu y Garin.
Idem. . . . Francisco de P. Navarro.
Valladolid. . . . José M. Lezcano y Roldan.
Valls. . . . Cayetano Badia.
Velez Málaga . . . Antonio Maria Cebrian.
Vich. . . . Ramon Tolosa.
Vitoria. . . . Saturnino Ormilugue.
Zamora. . . . Manuel Conde.
Zaragoza . . . Pascual Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en
la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa
de Astrarena.